



C.W. GORTNER

NOVELA

EL
JURAMENTO 
DE ISABEL

*La vida de una mujer apasionante cuya biografía
ha saltado de los libros de historia a la televisión*

bóveda

C. W. GORTNER

EL
JURAMENTO 
DE LA REINA

Título original: *The Queen's Vow*

Primera edición: 2013

© C.W. Gortner, 2012

© de esta edición: Bóveda, 2013

© de la traducción: Ester Molina, 2013

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-49-3

Depósito legal: SE-1.425-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Título original: *The Queen's Vow*

Primera edición: 2013

© C.W. Gortner, 2012

© de esta edición: Bóveda, 2013

© de la traducción: Ester Molina, 2013

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-49-3

Depósito legal: SE-1.425-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Título original: *The Queen's Vow*

Primera edición: 2013

© C.W. Gortner, 2012

© de esta edición: Bóveda, 2013

© de la traducción: Ester Molina, 2013

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-49-3

Depósito legal: SE-1.425-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo 1454	19
PARTE I	
<i>LA INFANTA DE ARÉVALO 1464-1468</i>	29
Capítulo uno	31
Capítulo dos	45
Capítulo tres	57
Capítulo cuatro	73
Capítulo cinco	87
Capítulo seis	101
Capítulo siete	121
Capítulo ocho	149
Capítulo nueve	163
Capítulo diez	179
Capítulo once	191
Capítulo doce	201
PARTE II	
<i>UNA UNIÓN PROHIBIDA 1468-1474</i>	211
Capítulo trece	213
Capítulo catorce	223

Capítulo quince	241
Capítulo dieciséis	257
Capítulo diecisiete	267
Capítulo dieciocho	285
Capítulo diecinueve	297
Capítulo veinte	313
Capítulo veintiuno	333
PARTE III	
<i>LA ESPADA DE DOBLE FILO 1474-1480</i>	343
Capítulo veintidós	345
Capítulo veintitrés	371
Capítulo veinticuatro	389
Capítulo veinticinco	405
Capítulo veintiséis	437
PARTE IV	
<i>LA CAÍDA DEL REINO 1481-1492</i>	465
Capítulo veintisiete	467
Capítulo veintiocho	483
Capítulo veintinueve	493
Capítulo treinta	515
Capítulo treinta y uno	529
Capítulo treinta y dos	557
EPÍLOGO DEL AUTOR	573
NOTA ESPECIAL DE C.W.	579
AGRADECIMIENTOS	581

El juramento de la reina es una novela de ficción. Aparte de los personajes reales, hechos y localizaciones que aparecen en la narrativa, todos los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se han usado de modo ficticio. Cualquier parecido con los hechos, localizaciones o personas reales, vivas o muertas, es fruto de la coincidencia.

*Para mi sobrina, Isabel Gortner,
y mi querida amiga Judith Merkle Riley*

«He llegado a esta tierra y no pretendo marcharme para escapar o rehuir de mi obligación; tampoco otorgaré la gloria a mis enemigos ni provocaré dolor a mis súbditos».

ISABEL DE CASTILLA



Casa de Trastámara

Enrique II de Castilla
(1333-1379)

Juan I de Castilla
(1358-1390)

Castilla

Aragón

Enrique III de Castilla
(1379-1406)

⊕
Catherine de Lancaster

Juan II de Castilla
(1405-1454)

⊕
1) María de Aragón 2) Isabel de Portugal

Enrique IV de Castilla
(1425-1474)

⊕
1) Blanca de Navarra
2) Juana de Portugal

Juana la Beltraneja
(1462-1530)

Alfonso
(1453-1468)

Fernando I de Aragón
(1379?-1416)

Juan II de Navarra y Aragón
(1397-1479)

⊕
1) Blanca de Navarra
2) Juana Enríquez
Carlos de Viana
(1421-1461)

ISABEL DE CASTILLA
(1451-1504)



FERNANDO DE ARAGÓN
(1452-1516)

Isabel
(1470-1498)

Juan
(1478-1497)

Juana
(1479-1555)

María
(1482-1517)

Catalina
(1485-1536)

⊕
1) Afonso de Portugal
2) Manuel de Portugal

⊕
Margarita de Austria

⊕
Felipe de Habsburgo

⊕
Manuel de Portugal

⊕
1) Arturo de Gales
2) Enrique VIII



PRÓLOGO

1454

NADIE CREYÓ QUE MI DESTINO FUERA LA GRANDEZA. Vine al mundo en el municipio castellano de Madrigal de las Altas Torres como primogénita del segundo matrimonio de mi padre, Juan II, con Isabel de Portugal, por quien me pusieron este nombre. Una infanta saludable e inusualmente tranquila cuya llegada fue anunciada con campanas y someras felicitaciones, pero no a bombo y platillo. Mi padre ya había engendrado a un heredero en su primer matrimonio, mi hermanastro Enrique y, cuando mi madre dio a luz a mi hermano Alfonso dos años después de mi nacimiento, reforzando así la casa de los Trastámara, todos creyeron que me relegarían al claustro y a la rueca, como ventajoso peón de matrimonio para Castilla.

Como ocurre habitualmente, Dios tiene un plan distinto. Todavía recuerdo bien el momento en que todo cambió.

Aún no tenía cumplidos los cuatro años. Mi padre llevaba semanas enfermo con una fortísima fiebre, encerrado tras las puertas de sus dependencias en el alcázar de Valladolid. Yo no conocía muy a fondo a aquel rey de cuarenta y ocho años al que habían apodado el Inútil por la forma en que reinaba. Has-



ta hoy, lo único que recuerdo es a un hombre alto y enjuto de ojos tristes y sonrisa difusa, que una vez me mandó llevar a sus aposentos y me regaló un peine de joyas esmaltado de estilo árabe. Un hombre bajito y con la tez morena permaneció detrás del trono de mi padre todo el tiempo que yo estuve allí, con su mano de dedos rechonchos reposada sobre la espalda de mi padre, denotando posesión mientras me observaba con entusiasmo.

Varios meses después de aquel encuentro oí por casualidad a las mujeres de la casa murmurar sobre que habían decapitado al señorito y que aquel hecho había sumido a mi padre en un profundo dolor.

—Lo mató esa loba portuguesa —decían las mujeres—. La loba portuguesa hizo matar al condestable Luna porque era el favorito del rey —y luego una de ellas dijo susurrando—:

—*Shh*. ¡La niña nos está oyendo!

Se quedaron quietas todas al instante, como si fueran figuras tejidas en un tapiz, al verme sentada en la alcoba justo al lado de ellas, yo que era toda oídos con una curiosidad pasmosa.

Solo unos días después de oír a las mujeres me despertaron bruscamente en mitad de la noche, me envolvieron en una capa y me condujeron a toda prisa por los pasillos del alcázar hasta las dependencias reales, y fue esa la única vez que me dejaron entrar en una sala sofocante con braseros humeantes y el sonido atenuado de los salmos con los que los monjes inundaban la estancia entre espirales de humo. Había lámparas de cobre que oscilaban pendientes de cadenas doradas sobre nuestras cabezas y el resplandor titilante y aceitoso recorría los rostros apenados de los grandes nobles de España, que vestían sus galas más apagadas y tristes.

En la gran cama que había delante de mí, las cortinas estaban descorridas.

Me detuve en el umbral e instintivamente busqué con la mirada al señorito, aun sabiendo que estaba muerto. Después descubrí al halcón peregrino favorito de mi padre posado en la hornacina, encadenado a su poste plateado. Detuvo sus pupilas dilatadas en mí, opacas y encendidas por las llamas.

Me quedé paralizada; presentí que allí había algo horrible que no quería ver.

—Mi niña, id —dijo mi aya doña Clara con insistencia—. Su Majestad, su padre, pregunta por usted.

Yo no quería avanzar y me volví y me agarré a su falda y escondí la cara entre los dobleces polvorientos. Oí unos pasos fuertes que se acercaban a mí desde atrás y una voz grave dijo:

—¿Es esta nuestra pequeña infanta Isabel? Venid, niña, dejad que os vea.

Había algo en aquella voz que me atrapó y me hizo levantar la mirada.

Un hombre se erguía sobre mí, alto, fornido, vestido con el mismo atuendo sombrío de los nobles. Tenía la cara regordeta con barba de chivo y la mirada penetrante tras unos ojos brillantes de color marrón. No era apuesto —parecía un gatito mimado de palacio—, pero la suave elevación de la comisura de su boca sonrosada me embelesó, ya que parecía que solo me sonreía a mí con un interés inquebrantable que me hacía sentir como si yo fuera la única persona del mundo a quien le interesaba ver.

Alargó la mano y me la ofreció con una delicadeza poco propia para un hombre de su tamaño.

—Soy el arzobispo Carrillo de Toledo —dijo—. Venid conmigo, Alteza, no debéis tener miedo.

Le cogí la mano tímidamente; tenía los dedos fuertes y cálidos. Me sentí segura cuando cerró la mano guardando la mía en el interior y me condujo dejando atrás a los monjes y los

cortesanos ataviados con ropas oscuras, mientras me miraban aquellos ojos anónimos que parecían centellear con el mismo desinterés que los del halcón de la hornacina.

El arzobispo me instó a colocarme en un escabel que había dispuesto junto a la cama para que pudiera estar cerca de mi padre. Pude oír el sonido de la respiración de mi padre produciendo un ruido áspero en los pulmones. Estaba en los huesos y la piel que los cubría mostraba una especie de tono céreo. Tenía los ojos cerrados y las manos de delgados dedos cruzadas sobre el pecho, como si fuera una de las efigies de las tumbas de decoración intrincada que atestaban nuestras catedrales.

Debí de haber emitido una especie de sonido de consternación, ya que Carrillo me dijo al oído:

—Debéis besarlo, Isabel. Dadle la bendición a vuestro padre para que pueda abandonar en paz este valle de lágrimas.

Aunque era lo último que me apetecía hacer, aguanté la respiración, me incliné hacia adelante y di un beso apresurado a mi padre en la mejilla. Sentí el frío de la fiebre en su piel. Retrocedí y dirigí la mirada al otro lado de la cama.

Allí vi una silueta. Por un momento que desencadenó mi horror pensé que era el espíritu del condestable fallecido, del cual las mujeres decían que rondaba el castillo sediento de venganza. Pero, entonces, un titileo furtivo escapó de una de las lámparas y cruzó la cara de aquella figura, y fue entonces cuando reconocí a mi hermanastro mayor, el príncipe Enrique. La mera visión de él me sobresaltó; solía mantenerse alejado de la corte por preferir su querida casa real de Segovia, donde se decía que tenía a un infiel como vigilante y una colección de animales salvajes y bestias a los que él mismo alimentaba con sus manos. No obstante, allí estaba, junto al lecho de muerte de nuestro padre, envuelto en una capa negra y con un turbante de color escarlata sobre la cabeza para ocultar la pelambreira

enmarañada, pero que en realidad resaltaba su inusual nariz plana y sus ojos juntos y pequeños, todo lo cual le daba la apariencia descuidada de un león.

La sonrisa de complicidad que me dedicó hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

El arzobispo me cogió en brazos y me sacó de la sala como si ya no hubiera nada relevante esperándonos allí. Por encima de aquel hombro grueso pude ver a los cortesanos y a los nobles congregarse en torno a la cama. Los cantos de los monjes iban incrementando su potencia y entonces vi a Enrique inclinarse con resolución, incluso podría decirse que con cierta impaciencia y ansiedad, sobre el rey moribundo.

En aquel preciso instante, nuestro padre Juan II, exhaló su último aliento.

No regresamos a nuestras dependencias. Agarrada fuerte contra el pecho del arzobispo y aturdida, vi cómo le hacía un gesto brusco a mi aya, que esperaba fuera de los aposentos, y nos bajó por la escalera trasera de caracol hasta la torre del homenaje. La luna anodina apenas rasgaba la veladura de nubes y niebla.

Cuando estuvimos lejos de la sombra protectora del castillo, el arzobispo dirigió la mirada hacia atrás por la puerta poterna que parecía en aquel momento una figura oscura más que se insertaba en la lejana pared del cerramiento.

—¿Dónde están? —dijo él sin poder ocultar el tono de tensión de su voz.

—No... no lo sé —contestó doña Clara con voz trémula—. Yo mandé decir lo que me pidió, que Su Majestad se encontrara aquí mismo con nosotros. Espero que no haya pasado nada que...

El arzobispo levantó la mano.

—Creo que ya los veo.

Dio un paso adelante; noté cómo todo su cuerpo se tensaba a medida que se hacía más audible el sonido de los zapatitos en los guijarros. Exhaló súbitamente cuando vio a las figuras que se acercaban a nosotros dirigidas por mi madre. Estaba pálida, llevaba el capuz de la capa caído sobre los hombros y algunos de sus cabellos rojizos mojados por el sudor se hacían visibles al escapárseles por debajo de la cofia. Tras ella iban sus damas portuguesas sobrecogidas y don Gonzalo Chacón, el tutor de mi hermanito de un año, al que él mismo acunaba entre sus fornidos brazos. Yo me preguntaba qué estaríamos haciendo allí en medio de la noche, con el frío que hacía y siendo mi hermano tan pequeño.

—¿Está...? —dijo mi madre casi sin aliento.

Carrillo asintió. Mi madre no pudo contenerse más y los sollozos le quebraron la voz mientras me miraba con sus ojos de color azul verdoso, en aquel momento llenos de expectación, estando yo aún entre los brazos del arzobispo. Abrió las manos.

—Isabel, hija mía.

Carrillo me soltó en el suelo aunque, inesperadamente, yo no quería librarme de su agarre. Aun así, me incliné hacia delante y la enorme capa me cubrió como si yo fuera un capullo deformado. Le hice la reverencia que me habían enseñado para cada vez que estuviera delante de mi hermosa madre, como siempre había hecho en las escasas ocasiones en que me habían llevado ante ella en la corte. Echó hacia atrás mi capuz para cruzar su mirada verdosa con la mía. Todos decían que tenía los ojos de mi madre, solo que de un tono más oscuro.

—Mi niña —susurró y percibí cierta desesperación en su tono—. Mi hija más amada, lo único que tenemos es la una a la otra.

—Majestad, debéis concentraros en lo que realmente importa ahora mismo —oí decir a Carrillo—. Debemos poner a

vuestros hijos a salvo. Con el fallecimiento de vuestro esposo, el rey, ellos son...

—Sé lo que son mis hijos —le interrumpió mi madre—. Lo que quiero que me digáis es de cuánto tiempo disponemos, Carrillo. ¿De cuánto tiempo disponemos antes de tener que abandonar todo lo que conocemos para perdernos en un refugio olvidado en medio de la nada?

—Unas horas como mucho. —Fue la respuesta determinante del arzobispo—. Aún no han repicado las campanas porque anunciar esto lleva su tiempo. —Hizo una pausa—. Pero llegarán pronto, como mucho por la mañana. Debéis depositar toda vuestra confianza en mí. Os prometo que me ocuparé de que nada os pase a vos ni a los infantes.

Mi madre se volvió hacia él y lo miró fijamente, tapándose la boca con la mano como para contener la risa.

—¿Cómo pensáis hacerlo? Enrique de Trastámara está a punto de convertirse en rey. Si mis sentidos no me fallan ni me han fallado en todos estos años, será tan fácil de persuadir por sus favoritos como lo fue Juan. ¿Qué seguridad podríais vos proporcionarnos buscando refugio en un convento a una cofradía de sus guardias y a nosotros? Claro que sí, ¿por qué no? Un cenobio es por descontado un lugar mucho más apropiado para una viuda extranjera y odiada y para su prole.

—Los niños no pueden crecer en un convento —dijo Carrillo—. Y tampoco se los debe separar de su madre siendo tan pequeños. Vuestro hijo, Alfonso, es ahora por ley el heredero de Enrique hasta que su esposa le dé un hijo. Os aseguro que el Consejo no va a aprobar la impugnación de los derechos de los infantes. De hecho, han acordado que podáis criar al príncipe y a su hermana en el castillo de Arévalo en Ávila, que os será entregado como parte de la dote por viudedad.

Se hizo el silencio. Yo estaba muy quieta observando la mirada vidriosa de mi madre mientras repetía «Arévalo», como si no lo hubiera oído bien.

Carrillo prosiguió:

—El testamento de Su Majestad deja una abundante provisión para los infantes, incluyendo la concesión de distintas ciudades al llegar a su decimotercero año de edad. Os prometo que no os faltará de nada.

Mi madre agudizó la mirada.

—Juan apenas veía a nuestros hijos. Nunca se preocupó por ellos. Nunca se preocupó por nadie excepto por aquel terrible hombre, el condestable Luna. ¿Y ahora me decís que les ha dejado suficientes provisiones? ¿Cómo lo sabéis?

—Yo fui su confesor, ¿recordáis? Hizo caso de mi consejo porque temía arder en el Infierno eterno si no lo hacía. —La repentina intensidad con la que habló Carrillo en aquel momento me hizo dirigir de nuevo la mirada hacia él—. Pero no puedo protegeros si no depositáis vuestra confianza en mí. En Castilla, es costumbre que una reina viuda se retire de la corte, pero normalmente no puede quedarse con sus hijos, especialmente si el nuevo rey no posee un heredero. Por eso debéis marchar esta misma noche. Llevad únicamente a los infantes y lo que podáis cargar. Yo enviaré el resto de vuestras posesiones lo antes posible. Una vez estéis en Arévalo y el testamento del rey se haga público, nadie se atreverá a tocaros, ni siquiera Enrique.

—Entiendo, pero vos y yo nunca compartimos una amistad, Carrillo. ¿Por qué corréis este riesgo por mí?

—Digamos que os ofrezco un favor —dijo—, a cambio de otro.

En aquella ocasión mi madre no pudo contenerse la risa.

—¿Qué favor puedo hacer os yo a vos, el prelado más poderoso de Castilla? Solo soy una viuda con dote, dos niños pequeños y un personal al que mantener.

—Ya lo sabréis cuando llegue el momento. Tened por seguro que no os supondrá ninguna inconveniencia.

Con tales palabras Carrillo se volvió para dar instrucciones a los sirvientes, que habían oído toda la conversación y estaban paralizados y consternados; el terror se había apoderado de sus miradas.

Alargué la mano lentamente para agarrar la de mi madre. Nunca me había atrevido a tocarla sin el previo permiso para hacerlo. Para mí, siempre había sido una figura hermosa —aunque distante— cubierta de ropajes relucientes y destellantes, de la que siempre se escapaba alguna risa entre los labios y que constantemente estaba rodeada de admiradores que la adulaban: una madre a la que amar desde la distancia. En aquel momento, daba la impresión de haber recorrido kilómetros en medio de un paisaje rocoso por el aspecto tan agónico que presentaba y que me hizo desear ser mayor, más grande, para poder, de algún modo, ser lo suficientemente fuerte como para protegerla del cruel destino que le había arrebatado a mi padre de su lado.

—Madre, no es culpa vuestra —dije yo—. Papá se ha ido al Cielo; por eso nos tenemos que ir.

Ella asintió mientras las lágrimas le bañaban los ojos, que vagaban perdidos en algún punto distante.

—Y nos vamos a Ávila —añadí—. No está lejos, ¿verdad, madre?

—No —dijo ella con templanza—, no está lejos, hija mía; en absoluto lo está...

Pero supe que, para ella, estaba a una eternidad de allí.

PARTE I

LA INFANTA DE ARÉVALO
1464 – 1468

CAPÍTULO UNO

A GARRA LAS RIENDAS CON FIRMEZA, ISABEL. NO dejes que perciba el miedo. Si lo hace, creerá que es él quien tiene el control e intentará dejarte caer.

Montada a lomos de aquel elegante semental negro, asentí agarrando las riendas con fuerza. Sentía la piel tirante bajo las puntas de los dedos de mis guantes, desgastados por el tiempo. Ya era tarde cuando retomé la idea de haber aceptado que el padre de Beatriz, don Pedro de Bobadilla, me comprara los guantes nuevos que me ofreció por mi decimotercero cumpleaños. Pero en lugar de eso, el orgullo —un pecado contra el que intentaba luchar, casi siempre sin éxito alguno— me había llevado a no dejar ver nuestra penuria aceptando aquel regalo, aunque vivía con nosotros y seguramente sabría bastante bien cuán empobrecidos estábamos; había sido el mismo orgullo que me había llevado a no poder rechazar el reto que mi hermano me había lanzado de aprender a montar un caballo de verdad.

Así que allí estaba yo, con unos guantes de piel raídos y viejos que parecían seda bajo mis dedos a modo de protección,

a lomos de aquel espléndido animal. Aunque no era un caballo muy grande, no dejaba de imponer miedo; la criatura se movía y pateaba el suelo como si estuviera a punto de desbocarse en cualquier momento, sin parecer que le importara que yo siguiera encima o no.

Alfonso negó con la cabeza, se bajó de su roano y me separó más los dedos para poder pasar las riendas entre ellos.

—Así —dijo Alfonso—. Firme, pero no tanto como para hacerle daño en la boca. Y recuerda sentarte derecha cuando vayas cabalgando e inclinarte hacia delante cuando galopes. Canela no es uno de esos estúpidos caballos que montáis tú y Beatriz. Es un purasangre árabe digno de un califa; necesita saber que su jinete tiene el control todo el tiempo.

Endurecí la columna y acomodé las nalgas en la silla de montar repujada. Me sentía ligera como un cardo. Aunque ya estaba en la edad en que la mayoría de las jovencitas empiezan a desarrollarse, yo seguía plana y flaca, tanto que mi amiga y dama de compañía Beatriz, la hija de don Bobadilla, no paraba de intentar que comiera más. En aquel momento me miraba con preocupación. Su figura, significativamente más curvada que la mía, estaba colocada tan recta sobre su caballo castrado moteado que parecía que llevaba montada en él toda su vida; llevaba el cabello moreno peinado en un moño que resaltaba sus facciones aquilinas, con una cinta alrededor y un velo.

Le dijo a Alfonso:

—Supongo, Alteza, que habéis domeñado convenientemente a este purasangre principesco. No queríamos tener que lamentar que algo le ocurriera a vuestra hermana.

—Claro que está domeñado. Don Chacón y yo mismo lo domamos. No le pasará nada a Isabel, ¿verdad, hermana?

Incluso habiendo asentido, me asaltó la duda con sobrecogimiento. ¿Cómo iba a conseguir hacerle ver a esa bestia que

era yo la que tenía el control? Como si pudiera percibir mis pensamientos, Canela empezó a brincar hacia los lados. Solté un grito ahogado mientras tiraba con fuerza de las riendas. Se detuvo en seco con un bufido, las orejas hacia atrás y claramente contrariada por la tensión que había ejercido yo al tirarle del bocado.

Alfonso me guiñó un ojo.

—¿Lo veis? Sabe cómo manejarla —dijo mirando a Beatriz—. ¿Necesitáis un poco de ayuda, mi señora? —preguntó con un cierto tono jocosos que dejaba ver los años de discusiones que tenía a la espalda con la obstinada hija única del guardián de nuestro castillo.

—Me las puedo apañar sola, gracias —dijo Beatriz de manera cortante—. De hecho, Su Alteza y yo estaremos bien en cuanto nos acostumbremos a este corcel moro suyo. No olvidemos que ya hemos montado antes, incluso aunque nuestras montas no fueran más que, como vos decís, estúpidas mulas.

Alfonso se rio entre dientes mientras hacía girar a su caballo con una facilidad magistral para sus escasos diez años. Le brillaban los ojos azules, y el pelo rubio y grueso que llevaba cortado recto por los hombros le realzaba el rostro apuesto y regordete.

—Y no olvidéis vos —dijo— que yo llevo montando desde que tenía cinco años. Es la experiencia lo que hace a un buen jinete.

—Eso es cierto —murmuró el tutor de Alfonso, don Chacón, desde su enorme caballo—. El infante Alfonso es un ecuestre consumado. Montar es ya como un acto reflejo para él.

—No lo dudamos —agregué antes de que Beatriz tuviera ocasión de responder y forcé una sonrisa—. Creo que ya estamos listos, hermano. Pero, por favor, no vayas muy rápido.

Alfonso dirigió a su caballo hacia adelante, guiando a los demás hasta el exterior del patio interior de Arévalo para pasar por debajo del rastrillo y de las puertas principales.

Yo, por mi parte, le dirigí una mirada de reproche a Beatriz.

Claro que, ¿qué otra cosa podría hacer? Aburrida de nuestra rutina diaria de lecciones, rezos y costura, aquella misma mañana había dicho que o bien hacíamos algo de ejercicio o nos convertiríamos en unas viejas brujas antes de tiempo. Nos habían tenido encerradas demasiado tiempo, había dicho, lo cual era una gran verdad, ya que el invierno había sido más duro de lo habitual. Y, cuando le pidió permiso a nuestra tutora doña Clara, mi aya había accedido porque pensaba que montar quería decir en nuestro caso coger las mulas viejas del castillo y salir de excursión alrededor del muro de cerramiento que lo rodeada y por el municipio que había junto a él durante más o menos una hora antes de prepararnos para la cena.

Pero cuando me vestí con las ropas de montar y me dirigí con Beatriz hasta el patio, encontré allí a Alfonso y a don Chacón con dos sementales imponentes, un regalo de nuestro hermanastro, el rey Enrique. El caballo negro era para mí, había dicho Alfonso. Se llamaba Canela.

Había contenido la gran inquietud mientras me subía al animal con la ayuda de un escabel. Me preocupé mucho más cuando me enteré de que esperaban que montara a horcajadas, a la jineta, como lo hacían los moros, encaramada a la estrecha silla de piel con los estribos hacia arriba, lo cual era una sensación bastante poco familiar e inquietante para mí.

—Extraño nombre para un caballo —había remarcado yo para ocultar mi aprensión—. La canela es de color claro; sin embargo, esta criatura es negra como la noche.

Canela sacudió la crin y giró su cabeza de exquisita forma para pegarme un mordisco en la pierna. No creí en aquel momento que aquello hubiera sido un muy buen augurio para la tarde que teníamos por delante.

—Beatriz —le dije entre dientes mientras salíamos hacia la llanura—, ¿por qué no me lo dijiste? Sabes que no me gustan las sorpresas.

—Por eso exactamente —me respondió en el mismo tono—. Si os lo hubiera dicho, no habríais venido. Habríais dicho que teníamos que leer o coser o recitar novenas. Decid lo que queráis, pero de vez en cuando tenemos que divertirnos.

—No veo cómo puede considerarse divertido que te tiren de un caballo.

—Bah, pensad en él como un perro más crecido de la cuenta. Es grande, sí, pero inofensivo.

—Y decidme, ¿cómo lo sabéis?

—Porque de otro modo Alfonso nunca os dejaría montar a Canela —dijo Beatriz con un tono malhumorado que revelaba la inmutable confianza en sí misma que había hecho de ella mi mejor amiga y confidente aunque, a menudo, me encontrara entre el entretenimiento y el desasosiego al confrontar su carácter irreverente.

Nos llevábamos tres años y teníamos temperamentos opuestos. Beatriz actuaba como si el reino que nos esperaba tras las puertas fuera un enorme lugar inexplorado repleto de posibles aventuras. Doña Clara decía que su actitud temeraria se debía a la muerte de su madre poco después de darla a luz a ella. Su padre la había criado él solo en Arévalo, sin supervisión femenina. Ella morena y yo rubia, ella voluptuosa y yo angulosa; Beatriz era también rebelde, impredecible y demasiado directa para su propio bien. Desafiaba incluso a las monjas del convento de las Angustias, donde íbamos a recibir nuestras lecciones, distrayen-

do continuamente a la pobre sor María con sus interminables preguntas. Era una amiga leal y divertida al mismo tiempo, siempre dispuesta a encontrar regocijo donde otros no podrían. Sin embargo, no dejaba de ser una preocupación constante para sus mayores y para doña Clara, que había intentado en vano enseñar a Beatriz que las buenas maneras de una señorita no la llevaban a guiarse por el impulso siempre que este la asaltara.

—Deberíamos haberle dicho la verdad a doña Clara —dije yo mirándome las manos. Otra vez estaba apretando las riendas y me concentré en aflojar el agarre—. No creo que considere nuestra andanza a caballo muy apropiada.

Beatriz señaló con la cabeza hacia adelante.

—¿A quién le importa lo apropiado? ¡Mirad a vuestro alrededor!

Hice lo que me dijo pero a regañadientes.

El sol ya bajaba por el horizonte y emitía un resplandor azafrán vibrante sobre el cielo de color hueso descolorido. A nuestra izquierda, Arévalo se erigía sobre un colina baja como un ciudadela de color pardo con sus seis torres y su torre del homenaje almenada, colindante con la ciudad mercantil provinciana de igual nombre. A nuestra derecha, el camino principal que llevaba a Madrid; y alrededor de nosotros se extendía la gran explanada que era Castilla tan lejos como me alcanzaba la vista, como una tierra infinita salpicada de campos de cebada y trigo, huertos de verduras y arboledas de pinos que se mecían con el viento. El aire, en calma, se antojaba embriagador por la fragancia de la resina y el olor a nieve derretida que yo siempre asociaba con la llegada de la primavera.

—¿No es espectacular? —dijo Beatriz respirando profundamente y con los ojos refulgentes.

Yo asentí mientras perdía la mirada por la campiña que llevaba siendo mi hogar desde que tenía memoria. Había visto

aquel paisaje muchas veces antes, claro, desde la torre de Arévalo y durante nuestros viajes anuales con doña Clara a la ciudad vecina de Medina del Campo, donde se celebraba la mayor feria de ganado de Castilla. Sin embargo, y por alguna razón que no sabría explicar, aquel día parecía distinto, como cuando de pronto uno se da cuenta de que el tiempo ha transformado un cuadro que lleva viendo todos los días oscureciendo los colores hasta darle otro lustre completamente distinto y resaltando aún más el contraste entre las luces y las sombras.

Mi naturaleza pragmática me aseguraba que me estaba ocurriendo aquello porque estaba viendo las tierras desde un punto más elevado, subida a lomos de Canela en vez de la mula en la que solía ir. Aun así, las lágrimas brotaron de mis ojos y, sin previo aviso, me asaltó la visión de una imponente sala llena de personas con ropajes de seda y terciopelo. La imagen se disipó tan pronto llegó, como un fantasma del pasado y, cuando Alfonso me hizo un gesto con la mano desde donde iba dirigiendo el camino con don Chacón, se me olvidó por completo que estaba encima de un animal completamente desconocido y potencialmente peligroso para mí, y le clavé los talones en las costillas.

Canela brincó hacia adelante y me lanzó contra su cuello arqueado. Yo me agarré de la crin instintivamente y me erguí por encima de la silla tensando las caderas. Canela respondió a aquello con un bufido de satisfacción y aceleró el paso; pasamos galopando junto a Alfonso entre una nube de polvo de color ocre.

—¡Dios mío! —oí decir a Alfonso entrecortadamente cuando lo adelantamos.

Vi por el rabillo del ojo a Beatriz, que me seguía a gran velocidad y gritaba a mi hermano y a un don Chacón estupefacto:

—Años de experiencia, ¿eh?
Solté una carcajada.

Fue maravilloso, exactamente como había imaginado que sería volar: dejar atrás las preocupaciones por las lecciones y los estudios, la fría piedra del castillo y las interminables cestas de ropa para zurcir, las constantes conversaciones y murmullos de preocupación por el dinero y la mala salud de mi madre; sentirme libre y deleitarme con la sensación de aquel caballo que se movía debajo de mí y con el paisaje de Castilla.

Al detenerme en seco sobre una colina desde la que se podían divisar las llanuras, el capuz se me cayó hacia atrás para dejar al descubierto los cabellos rojizos que se me escapaban de las trenzas desechas. Al bajar de Canela le di unas palmaditas en el cuello. El animal me acarició la mano con el hocico antes de ponerse a mascar unos espinos secos que habían crecido entre las rocas. Yo me senté en un montón de piedras cercano para ver llegar a Beatriz por la cresta de la colina. Cuando se detuvo, sofocada por el esfuerzo, observé:

—Teníais razón, después de todo. Sí que necesitábamos el ejercicio.

—¡Ejercicio! —dijo jadeando mientras se bajaba del caballo—. ¿Sois consciente de que hemos dejado a Su Alteza y a Chacón atrás en medio de una nube de polvo?

Yo sonreí.

—Beatriz de Bobadilla, ¿tiene que ser todo una competición para vos?

Con las manos en las caderas dijo:

—Cuando se trata de probar nuestra valía, sí. Si no cuidamos nosotras de nosotras mismas, ¿quién lo hará pues?

—Así que es nuestra fuerza lo queréis probar —dije—. Mmmm... explicadme eso.

Beatriz se dejó caer junto a mí y perdió la vista hacia el sol poniente. En aquella época del año el sol caía lentamente en Castilla, ofreciéndonos la imponente visión de las nubes de color dorado y el cielo de tonos violeta y escarlata. El viento incipiente de la noche se enroscaba en el cabello moreno y enmarañado de Beatriz; su mirada expresiva, que no dudaba en dejar ver cualquiera de sus pensamientos, se tornó nostálgica.

—Quiero probar que somos tan hábiles como cualquier hombre y que, por lo tanto, debemos disfrutar de los mismos privilegios.

Yo fruncí el ceño.

—¿Y por qué íbamos a desear eso?

—Para poder vivir como consideremos adecuado sin tener que pedir perdón por ello, igual que hace Su Alteza.

—Alfonso no vive como considera adecuado. —Me volví a colocar el capuz y a atar los lazos a la almilla—. De hecho, tiene bastante menos libertad de la que creéis. Dejando a un lado lo de hoy, apenas lo veo; siempre está muy ocupado con las clases de manejo de la espada, del arco, con las justas... por no hablar de sus estudios. Es un príncipe y, como tal, tiene exigencias importantes que atender y que lo absorben la mayor parte del tiempo.

Ella puso mala cara.

—Sí, exigencias importantes, no coser, hacer manteca o encorralar al ganado. Si pudiéramos vivir como hombres, podríamos vagar libremente por el mundo y emprender nobles hazañas, como un caballero errante o como la Doncella de Orleans.

Conseguí disimular la emoción espontánea que habían despertado sus palabras en mí. Me había instruido a mí misma en no mostrar mis sentimientos ni emociones desde que Alfonso, mi madre y yo habíamos salido de Valladolid aquella fatídi-

ca noche diez años antes, ya que con el paso del tiempo había llegado a comprender mucho mejor lo que había ocurrido. No estábamos tan aislados en Arévalo. Conseguía enterarme de las noticias que se filtraban ocasionalmente por la meseta desde las residencias reales de Madrid, Segovia y Valladolid; los temas los murmuraban nuestras sirvientas, lo cual hacía fácil que uno se enterara si hacía como que no escuchaba. Supe que con la ascensión de Enrique la corte se había convertido en un lugar peligroso para nosotros, que estaba gobernado por sus favoritos y por su reina avariciosa. Nunca conseguí olvidar aquel miedo palpable que había sentido la noche en que mi padre murió, la larga caminata a caballo por los campos y los bosques oscuros tratando de evitar los caminos principales por si Enrique había enviado a sus guardias para darnos caza. Aquel recuerdo se me había grabado en la memoria; una lección indeleble de que en la vida ocurren cambios estemos preparados o no para ellos, y que tenemos que hacer todo lo posible por adaptarnos a ellos con el mínimo alboroto posible.

—La Doncella de Orleans fue quemada en la hoguera —dije finalmente—. ¿Es ese el final grandioso al que habéis aspirado que lleguemos, amiga mía?

Beatriz suspiró.

—Claro que no, esa es una muerte horrible. Pero me gustaría pensar que, si tuviéramos la oportunidad, podríamos liderar ejércitos en defensa de nuestra patria como hizo ella. Al parecer, estamos condenadas al fracaso antes de haber vivido siquiera. —Abrió los brazos—. ¡Es siempre igual día tras día, semana tras semana, un mes deprimente tras otro! ¿Es así como crecen todas las damas? ¿Tan estúpidas somos que nuestros únicos placeres deben ser los de entretener a nuestros invitados y agradar a nuestros futuros maridos, aprender a sonreír entre plato y plato de las cenas sin expresar jamás una

opinión propia? Pues bien podríamos privarnos de la parte del matrimonio y la de los niños y pasar directamente a la edad anciana y la santidad.

La admiraba. Beatriz siempre hacía preguntas para las que no había una respuesta fácil, en busca de cambiar aquello que había sido predeterminado antes de que nacióramos. Lo que me desconcertó fue que, más tarde, me había encontrado yo misma haciéndome el mismo tipo de preguntas y había sentido el mismo tipo de descontento, aunque nunca había llegado a admitirlo. No me gustaba la impaciencia que me acosaba cada vez que miraba al futuro y veía que, incluso siendo una princesa de Castilla, algún día debería casarme donde me dijeran y llevar el tipo de vida que mi marido estimara oportuno para mí.

—No es tedioso ni degradante casarse y ocuparse del marido y los niños —dije—. Ese ha sido el papel de la mujer desde el principio de los tiempos.

—Lo único que hacéis es recitar de memoria lo que os han contado durante toda vuestra vida —replicó—. «Las mujeres a engendrar y los hombres a mantener a la familia». Lo que yo digo es: ¿por qué? ¿Por qué solo podemos tener un único camino? ¿Quién dijo que la mujer no podía coger la espada y la cruz y marchar hacia Granada para luchar contra los moros? ¿Quién dijo que no podíamos tomar nuestras propias decisiones ni encargarnos de nuestros propios asuntos como lo hace cualquier hombre?

—No es cuestión de quién lo hubiera dicho, simplemente es así.

Puso los ojos en blanco en señal de desaprobación.

—Bueno, la Doncella de Orleans no llegó a casarse. No fregaba, ni cosía ni se dedicaba a hablar de dotes. Se colocó una cota de malla y fue a la guerra por su delfín.

—Que fue quien la traicionó ante los ingleses —le recordé e hice una pausa—. Beatriz, la Doncella de Orleans recibió la llamada de Dios para que realizara su obra en la Tierra. No podéis comparar su destino al nuestro. Era una santa; se sacrificó por su patria.

Beatriz resopló con soberbia, pero supe que había conseguido ganar una batalla de una discusión que nos traíamos desde la niñez. Yo permanecí impasible en apariencia, como hacía siempre que Beatriz pontificaba, pero al imaginarme a mi vivaz amiga ataviada con una armadura herrumbrosa, alentando a una compañía de nobles para luchar por la patria, se me escapó una risilla.

—¡Y ahora os reís de mí! —gritó.

—No, no. —Me contuve el regocijo como pude—. No me reía de vos. Estaba pensando que si la Doncella de Orleans se hubiera cruzado en vuestro camino, os habríais unido a ella sin dudarlo ni un solo instante.

—Pues claro que lo habría hecho. —Se puso de pie de un salto—. Habría tirado mis libros y mis bordados por la ventana y saltado sobre el primer caballo disponible. Qué maravilloso sería hacer lo que uno quisiera, luchar por la patria propia, vivir con el cielo como único techo y la tierra como lecho.

—Exageráis, Beatriz. Las cruzadas implican más penuria de la que la historia nos cuenta.

—Quizás, ¡pero al menos estaríamos haciendo algo!

Me fijé en sus manos, apretadas como si sostuvieran un arma entre ellas.

—Ciertamente podríais blandir una espada con esas grandes manazas que tenéis —dije para provocarla.

Levantó la barbilla mostrando su orgullo.

—Vos sois la princesa, no yo. Vos blandiríais la espada.

Como si el día se hubiera tornado noche sin previo aviso, el frío me invadió y comencé a temblar.

—No creo que yo pudiera dirigir un ejército jamás —dije en voz baja—. Debe de ser horrible ver a vuestros compatriotas cercenados a manos del enemigo y saber que vuestra propia muerte puede llegar en cualquier momento. Tampoco —proseguí levantando la mano para adelantarme a la protesta de Beatriz— creo que debierais exaltar a la Doncella de Orleans como un ejemplo a emular. Luchó por su príncipe para acabar sufriendo una muerte cruel. No le deseo tal destino a nadie. Y, por supuesto, no me lo deseo a mí misma. Por muy aburrido que os pueda parecer, prefiero casarme y criar niños, lo cual es mi deber.

Beatriz me lanzó una mirada penetrante.

—El deber es para el alfeñique. No me digáis que vos no os lo habéis cuestionado nunca. Devorasteis aquel cuento acerca de los reyes de las cruzadas de la biblioteca como si fuera bizcocho.

Forcé la risa.

—Sois realmente incorregible.

En aquel momento, Alfonso y don Chacón llegaron en los caballos, pareciendo más disgustado el gobernador que mi hermano.

—Alteza, mi señora Bobadilla, no deberían haber salido galopando de ese modo. Podrían haber resultado heridas o incluso algo peor. ¿Quién sabe qué o quién podría estar al acecho en estas tierras al anochecer?

Percibí el miedo en su voz. Aunque el rey Enrique había visto oportuno dejarnos vivir en Arévalo aislados de la corte, su sombra nunca se había alejado de nuestras vidas. La amenaza de un rapto era un peligro con el que me había habituado a convivir y, de hecho, a ignorar. Pero Chacón era un leal protec-

tor y afrontaba cualquier posibilidad de amenaza como un asunto muy serio.

—Perdonadme —le dije—. Soy yo la culpable. De repente me ocurrió algo, no sé qué.

—Fuera lo que fuere, estoy impresionado —dijo Alfonso—. ¿Quién podría haber pensado que serías tal amazonas, hermanita?

—¿Yo una amazonas? Te aseguro que no. Solo ponía a prueba las habilidades de Canela. Lo ha hecho bien, ¿no crees? Es mucho más rápido de lo que su tamaño podría dejar intuir.

Alfonso frunció el ceño.

—Sí, lo es. Y sí, lo ha hecho muy bien, claro que sí.

—Bien, deberíamos volver —dijo Chacón—. Casi ha caído la noche. Vamos, iremos por el camino principal. Y nada de salir al galope esta vez, ¿está claro?

De vuelta en nuestros caballos, Beatriz y yo fuimos detrás de mi hermano bajo el crepúsculo del día. Me fijé en que Beatriz optó por no generar ningún problema e ir cabalgando recatadamente a mi lado. Pero al acercarnos a Arévalo bajo las vetas de color coral que teñían el cielo no pude evitar recordar nuestra conversación y preguntarme, por mucho que intentara no hacerlo, cómo sería eso de ser un hombre.



Casa de Trastámara

Enrique II de Castilla
(1333-1379)

Juan I de Castilla
(1358-1390)

Castilla

Aragón

Enrique III de Castilla
(1379-1406)

⊕
Catherine de Lancaster

Juan II de Castilla
(1405-1454)

Fernando I de Aragón
(1379?-1416)

Juan II de Navarra y Aragón
(1397-1479)

⊕
1) María de Aragón 2) Isabel de Portugal

⊕
1) Blanca de Navarra 2) Juana Enríquez

Enrique IV de Castilla
(1425-1474)

Alfonso
(1453-1468)

Carlos de Viana
(1421-1461)

⊕
1) Blanca de Navarra
2) Juana de Portugal

Juana la Beltraneja
(1462-1530)

ISABEL DE CASTILLA
(1451-1504)



FERNANDO DE ARAGÓN
(1452-1516)

Isabel
(1470-1498)

Juan
(1478-1497)

Juana
(1479-1555)

María
(1482-1517)

Catalina
(1485-1536)

⊕
1) Afonso de Portugal
2) Manuel de Portugal

⊕
Margarita de Austria

⊕
Felipe de Habsburgo

⊕
Manuel de Portugal

⊕
1) Arturo de Gales
2) Enrique VIII

PRÓLOGO

1454

NADIE CREYÓ QUE MI DESTINO FUERA LA GRANDEZA. Vine al mundo en el municipio castellano de Madrigal de las Altas Torres como primogénita del segundo matrimonio de mi padre, Juan II, con Isabel de Portugal, por quien me pusieron este nombre. Una infanta saludable e inusualmente tranquila cuya llegada fue anunciada con campanas y someras felicitaciones, pero no a bombo y platillo. Mi padre ya había engendrado a un heredero en su primer matrimonio, mi hermanastro Enrique y, cuando mi madre dio a luz a mi hermano Alfonso dos años después de mi nacimiento, reforzando así la casa de los Trastámara, todos creyeron que me relegarían al claustro y a la rueca, como ventajoso peón de matrimonio para Castilla.

Como ocurre habitualmente, Dios tiene un plan distinto. Todavía recuerdo bien el momento en que todo cambió.

Aún no tenía cumplidos los cuatro años. Mi padre llevaba semanas enfermo con una fortísima fiebre, encerrado tras las puertas de sus dependencias en el alcázar de Valladolid. Yo no conocía muy a fondo a aquel rey de cuarenta y ocho años al que habían apodado el Inútil por la forma en que reinaba. Has-



ta hoy, lo único que recuerdo es a un hombre alto y enjuto de ojos tristes y sonrisa difusa, que una vez me mandó llevar a sus aposentos y me regaló un peine de joyas esmaltado de estilo árabe. Un hombre bajito y con la tez morena permaneció detrás del trono de mi padre todo el tiempo que yo estuve allí, con su mano de dedos rechonchos reposada sobre la espalda de mi padre, denotando posesión mientras me observaba con entusiasmo.

Varios meses después de aquel encuentro oí por casualidad a las mujeres de la casa murmurar sobre que habían decapitado al señorito y que aquel hecho había sumido a mi padre en un profundo dolor.

—Lo mató esa loba portuguesa —decían las mujeres—. La loba portuguesa hizo matar al condestable Luna porque era el favorito del rey —y luego una de ellas dijo susurrando—:

—*Shh*. ¡La niña nos está oyendo!

Se quedaron quietas todas al instante, como si fueran figuras tejidas en un tapiz, al verme sentada en la alcoba justo al lado de ellas, yo que era toda oídos con una curiosidad pasmosa.

Solo unos días después de oír a las mujeres me despertaron bruscamente en mitad de la noche, me envolvieron en una capa y me condujeron a toda prisa por los pasillos del alcázar hasta las dependencias reales, y fue esa la única vez que me dejaron entrar en una sala sofocante con braseros humeantes y el sonido atenuado de los salmos con los que los monjes inundaban la estancia entre espirales de humo. Había lámparas de cobre que oscilaban pendientes de cadenas doradas sobre nuestras cabezas y el resplandor titilante y aceitoso recorría los rostros apenados de los grandes nobles de España, que vestían sus galas más apagadas y tristes.

En la gran cama que había delante de mí, las cortinas estaban descorridas.

Me detuve en el umbral e instintivamente busqué con la mirada al señorito, aun sabiendo que estaba muerto. Después descubrí al halcón peregrino favorito de mi padre posado en la hornacina, encadenado a su poste plateado. Detuvo sus pupilas dilatadas en mí, opacas y encendidas por las llamas.

Me quedé paralizada; presentí que allí había algo horrible que no quería ver.

—Mi niña, id —dijo mi aya doña Clara con insistencia—. Su Majestad, su padre, pregunta por usted.

Yo no quería avanzar y me volví y me agarré a su falda y escondí la cara entre los dobleces polvorientos. Oí unos pasos fuertes que se acercaban a mí desde atrás y una voz grave dijo:

—¿Es esta nuestra pequeña infanta Isabel? Venid, niña, dejad que os vea.

Había algo en aquella voz que me atrapó y me hizo levantar la mirada.

Un hombre se erguía sobre mí, alto, fornido, vestido con el mismo atuendo sombrío de los nobles. Tenía la cara regordeta con barba de chivo y la mirada penetrante tras unos ojos brillantes de color marrón. No era apuesto —parecía un gatito mimado de palacio—, pero la suave elevación de la comisura de su boca sonrosada me embelesó, ya que parecía que solo me sonreía a mí con un interés inquebrantable que me hacía sentir como si yo fuera la única persona del mundo a quien le interesaba ver.

Alargó la mano y me la ofreció con una delicadeza poco propia para un hombre de su tamaño.

—Soy el arzobispo Carrillo de Toledo —dijo—. Venid conmigo, Alteza, no debéis tener miedo.

Le cogí la mano tímidamente; tenía los dedos fuertes y cálidos. Me sentí segura cuando cerró la mano guardando la mía en el interior y me condujo dejando atrás a los monjes y los

cortesanos ataviados con ropas oscuras, mientras me miraban aquellos ojos anónimos que parecían centellear con el mismo desinterés que los del halcón de la hornacina.

El arzobispo me instó a colocarme en un escabel que había dispuesto junto a la cama para que pudiera estar cerca de mi padre. Pude oír el sonido de la respiración de mi padre produciendo un ruido áspero en los pulmones. Estaba en los huesos y la piel que los cubría mostraba una especie de tono céreo. Tenía los ojos cerrados y las manos de delgados dedos cruzadas sobre el pecho, como si fuera una de las efigies de las tumbas de decoración intrincada que atestaban nuestras catedrales.

Debí de haber emitido una especie de sonido de consternación, ya que Carrillo me dijo al oído:

—Debéis besarlo, Isabel. Dadle la bendición a vuestro padre para que pueda abandonar en paz este valle de lágrimas.

Aunque era lo último que me apetecía hacer, aguanté la respiración, me incliné hacia adelante y di un beso apresurado a mi padre en la mejilla. Sentí el frío de la fiebre en su piel. Retrocedí y dirigí la mirada al otro lado de la cama.

Allí vi una silueta. Por un momento que desencadenó mi horror pensé que era el espíritu del condestable fallecido, del cual las mujeres decían que rondaba el castillo sediento de venganza. Pero, entonces, un titileo furtivo escapó de una de las lámparas y cruzó la cara de aquella figura, y fue entonces cuando reconocí a mi hermanastro mayor, el príncipe Enrique. La mera visión de él me sobresaltó; solía mantenerse alejado de la corte por preferir su querida casa real de Segovia, donde se decía que tenía a un infiel como vigilante y una colección de animales salvajes y bestias a los que él mismo alimentaba con sus manos. No obstante, allí estaba, junto al lecho de muerte de nuestro padre, envuelto en una capa negra y con un turbante de color escarlata sobre la cabeza para ocultar la pelambreira

enmarañada, pero que en realidad resaltaba su inusual nariz plana y sus ojos juntos y pequeños, todo lo cual le daba la apariencia descuidada de un león.

La sonrisa de complicidad que me dedicó hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

El arzobispo me cogió en brazos y me sacó de la sala como si ya no hubiera nada relevante esperándonos allí. Por encima de aquel hombro grueso pude ver a los cortesanos y a los nobles congregarse en torno a la cama. Los cantos de los monjes iban incrementando su potencia y entonces vi a Enrique inclinarse con resolución, incluso podría decirse que con cierta impaciencia y ansiedad, sobre el rey moribundo.

En aquel preciso instante, nuestro padre Juan II, exhaló su último aliento.

No regresamos a nuestras dependencias. Agarrada fuerte contra el pecho del arzobispo y aturdida, vi cómo le hacía un gesto brusco a mi aya, que esperaba fuera de los aposentos, y nos bajó por la escalera trasera de caracol hasta la torre del homenaje. La luna anodina apenas rasgaba la veladura de nubes y niebla.

Cuando estuvimos lejos de la sombra protectora del castillo, el arzobispo dirigió la mirada hacia atrás por la puerta poterna que parecía en aquel momento una figura oscura más que se insertaba en la lejana pared del cerramiento.

—¿Dónde están? —dijo él sin poder ocultar el tono de tensión de su voz.

—No... no lo sé —contestó doña Clara con voz trémula—. Yo mandé decir lo que me pidió, que Su Majestad se encontrara aquí mismo con nosotros. Espero que no haya pasado nada que...

El arzobispo levantó la mano.

—Creo que ya los veo.

Dio un paso adelante; noté cómo todo su cuerpo se tensaba a medida que se hacía más audible el sonido de los zapatitos en los guijarros. Exhaló súbitamente cuando vio a las figuras que se acercaban a nosotros dirigidas por mi madre. Estaba pálida, llevaba el capuz de la capa caído sobre los hombros y algunos de sus cabellos rojizos mojados por el sudor se hacían visibles al escapárseles por debajo de la cofia. Tras ella iban sus damas portuguesas sobrecogidas y don Gonzalo Chacón, el tutor de mi hermanito de un año, al que él mismo acunaba entre sus fornidos brazos. Yo me preguntaba qué estaríamos haciendo allí en medio de la noche, con el frío que hacía y siendo mi hermano tan pequeño.

—¿Está...? —dijo mi madre casi sin aliento.

Carrillo asintió. Mi madre no pudo contenerse más y los sollozos le quebraron la voz mientras me miraba con sus ojos de color azul verdoso, en aquel momento llenos de expectación, estando yo aún entre los brazos del arzobispo. Abrió las manos.

—Isabel, hija mía.

Carrillo me soltó en el suelo aunque, inesperadamente, yo no quería librarme de su agarre. Aun así, me incliné hacia delante y la enorme capa me cubrió como si yo fuera un capullo deformado. Le hice la reverencia que me habían enseñado para cada vez que estuviera delante de mi hermosa madre, como siempre había hecho en las escasas ocasiones en que me habían llevado ante ella en la corte. Echó hacia atrás mi capuz para cruzar su mirada verdosa con la mía. Todos decían que tenía los ojos de mi madre, solo que de un tono más oscuro.

—Mi niña —susurró y percibí cierta desesperación en su tono—. Mi hija más amada, lo único que tenemos es la una a la otra.

—Majestad, debéis concentraros en lo que realmente importa ahora mismo —oí decir a Carrillo—. Debemos poner a

vuestros hijos a salvo. Con el fallecimiento de vuestro esposo, el rey, ellos son...

—Sé lo que son mis hijos —le interrumpió mi madre—. Lo que quiero que me digáis es de cuánto tiempo disponemos, Carrillo. ¿De cuánto tiempo disponemos antes de tener que abandonar todo lo que conocemos para perdernos en un refugio olvidado en medio de la nada?

—Unas horas como mucho. —Fue la respuesta determinante del arzobispo—. Aún no han repicado las campanas porque anunciar esto lleva su tiempo. —Hizo una pausa—. Pero llegarán pronto, como mucho por la mañana. Debéis depositar toda vuestra confianza en mí. Os prometo que me ocuparé de que nada os pase a vos ni a los infantes.

Mi madre se volvió hacia él y lo miró fijamente, tapándose la boca con la mano como para contener la risa.

—¿Cómo pensáis hacerlo? Enrique de Trastámara está a punto de convertirse en rey. Si mis sentidos no me fallan ni me han fallado en todos estos años, será tan fácil de persuadir por sus favoritos como lo fue Juan. ¿Qué seguridad podríais vos proporcionarnos buscando refugio en un convento a una cofradía de sus guardias y a nosotros? Claro que sí, ¿por qué no? Un cenobio es por descontado un lugar mucho más apropiado para una viuda extranjera y odiada y para su prole.

—Los niños no pueden crecer en un convento —dijo Carrillo—. Y tampoco se los debe separar de su madre siendo tan pequeños. Vuestro hijo, Alfonso, es ahora por ley el heredero de Enrique hasta que su esposa le dé un hijo. Os aseguro que el Consejo no va a aprobar la impugnación de los derechos de los infantes. De hecho, han acordado que podáis criar al príncipe y a su hermana en el castillo de Arévalo en Ávila, que os será entregado como parte de la dote por viudedad.

Se hizo el silencio. Yo estaba muy quieta observando la mirada vidriosa de mi madre mientras repetía «Arévalo», como si no lo hubiera oído bien.

Carrillo prosiguió:

—El testamento de Su Majestad deja una abundante provisión para los infantes, incluyendo la concesión de distintas ciudades al llegar a su decimotercero año de edad. Os prometo que no os faltará de nada.

Mi madre agudizó la mirada.

—Juan apenas veía a nuestros hijos. Nunca se preocupó por ellos. Nunca se preocupó por nadie excepto por aquel terrible hombre, el condestable Luna. ¿Y ahora me decís que les ha dejado suficientes provisiones? ¿Cómo lo sabéis?

—Yo fui su confesor, ¿recordáis? Hizo caso de mi consejo porque temía arder en el Infierno eterno si no lo hacía. —La repentina intensidad con la que habló Carrillo en aquel momento me hizo dirigir de nuevo la mirada hacia él—. Pero no puedo protegeros si no depositáis vuestra confianza en mí. En Castilla, es costumbre que una reina viuda se retire de la corte, pero normalmente no puede quedarse con sus hijos, especialmente si el nuevo rey no posee un heredero. Por eso debéis marchar esta misma noche. Llevad únicamente a los infantes y lo que podáis cargar. Yo enviaré el resto de vuestras posesiones lo antes posible. Una vez estéis en Arévalo y el testamento del rey se haga público, nadie se atreverá a tocaros, ni siquiera Enrique.

—Entiendo, pero vos y yo nunca compartimos una amistad, Carrillo. ¿Por qué corréis este riesgo por mí?

—Digamos que os ofrezco un favor —dijo—, a cambio de otro.

En aquella ocasión mi madre no pudo contenerse la risa.

—¿Qué favor puedo hacer os yo a vos, el prelado más poderoso de Castilla? Solo soy una viuda con dote, dos niños pequeños y un personal al que mantener.

—Ya lo sabréis cuando llegue el momento. Tened por seguro que no os supondrá ninguna inconveniencia.

Con tales palabras Carrillo se volvió para dar instrucciones a los sirvientes, que habían oído toda la conversación y estaban paralizados y consternados; el terror se había apoderado de sus miradas.

Alargué la mano lentamente para agarrar la de mi madre. Nunca me había atrevido a tocarla sin el previo permiso para hacerlo. Para mí, siempre había sido una figura hermosa —aunque distante— cubierta de ropajes relucientes y destellantes, de la que siempre se escapaba alguna risa entre los labios y que constantemente estaba rodeada de admiradores que la adulaban: una madre a la que amar desde la distancia. En aquel momento, daba la impresión de haber recorrido kilómetros en medio de un paisaje rocoso por el aspecto tan agónico que presentaba y que me hizo desear ser mayor, más grande, para poder, de algún modo, ser lo suficientemente fuerte como para protegerla del cruel destino que le había arrebatado a mi padre de su lado.

—Madre, no es culpa vuestra —dije yo—. Papá se ha ido al Cielo; por eso nos tenemos que ir.

Ella asintió mientras las lágrimas le bañaban los ojos, que vagaban perdidos en algún punto distante.

—Y nos vamos a Ávila —añadí—. No está lejos, ¿verdad, madre?

—No —dijo ella con templanza—, no está lejos, hija mía; en absoluto lo está...

Pero supe que, para ella, estaba a una eternidad de allí.

CAPÍTULO UNO

A GARRA LAS RIENDAS CON FIRMEZA, ISABEL. NO dejes que perciba el miedo. Si lo hace, creerá que es él quien tiene el control e intentará dejarte caer.

Montada a lomos de aquel elegante semental negro, asentí agarrando las riendas con fuerza. Sentía la piel tirante bajo las puntas de los dedos de mis guantes, desgastados por el tiempo. Ya era tarde cuando retomé la idea de haber aceptado que el padre de Beatriz, don Pedro de Bobadilla, me comprara los guantes nuevos que me ofreció por mi decimotercero cumpleaños. Pero en lugar de eso, el orgullo —un pecado contra el que intentaba luchar, casi siempre sin éxito alguno— me había llevado a no dejar ver nuestra penuria aceptando aquel regalo, aunque vivía con nosotros y seguramente sabría bastante bien cuán empobrecidos estábamos; había sido el mismo orgullo que me había llevado a no poder rechazar el reto que mi hermano me había lanzado de aprender a montar un caballo de verdad.

Así que allí estaba yo, con unos guantes de piel raídos y viejos que parecían seda bajo mis dedos a modo de protección,



a lomos de aquel espléndido animal. Aunque no era un caballo muy grande, no dejaba de imponer miedo; la criatura se movía y pateaba el suelo como si estuviera a punto de desbocarse en cualquier momento, sin parecer que le importara que yo siguiera encima o no.

Alfonso negó con la cabeza, se bajó de su roano y me separó más los dedos para poder pasar las riendas entre ellos.

—Así —dijo Alfonso—. Firme, pero no tanto como para hacerle daño en la boca. Y recuerda sentarte derecha cuando vayas cabalgando e inclinarte hacia delante cuando galopes. Canela no es uno de esos estúpidos caballos que montáis tú y Beatriz. Es un purasangre árabe digno de un califa; necesita saber que su jinete tiene el control todo el tiempo.

Endurecí la columna y acomodé las nalgas en la silla de montar repujada. Me sentía ligera como un cardo. Aunque ya estaba en la edad en que la mayoría de las jovencitas empiezan a desarrollarse, yo seguía plana y flaca, tanto que mi amiga y dama de compañía Beatriz, la hija de don Bobadilla, no paraba de intentar que comiera más. En aquel momento me miraba con preocupación. Su figura, significativamente más curvada que la mía, estaba colocada tan recta sobre su caballo castrado moteado que parecía que llevaba montada en él toda su vida; llevaba el cabello moreno peinado en un moño que resaltaba sus facciones aquilinas, con una cinta alrededor y un velo.

Le dijo a Alfonso:

—Supongo, Alteza, que habéis domeñado convenientemente a este purasangre principesco. No queríamos tener que lamentar que algo le ocurriera a vuestra hermana.

—Claro que está domeñado. Don Chacón y yo mismo lo domamos. No le pasará nada a Isabel, ¿verdad, hermana?

Incluso habiendo asentido, me asaltó la duda con sobrecogimiento. ¿Cómo iba a conseguir hacerle ver a esa bestia que

era yo la que tenía el control? Como si pudiera percibir mis pensamientos, Canela empezó a brincar hacia los lados. Solté un grito ahogado mientras tiraba con fuerza de las riendas. Se detuvo en seco con un bufido, las orejas hacia atrás y claramente contrariada por la tensión que había ejercido yo al tirarle del bocado.

Alfonso me guiñó un ojo.

—¿Lo veis? Sabe cómo manejarla —dijo mirando a Beatriz—. ¿Necesitáis un poco de ayuda, mi señora? —preguntó con un cierto tono jocosos que dejaba ver los años de discusiones que tenía a la espalda con la obstinada hija única del guardián de nuestro castillo.

—Me las puedo apañar sola, gracias —dijo Beatriz de manera cortante—. De hecho, Su Alteza y yo estaremos bien en cuanto nos acostumbremos a este corcel moro suyo. No olvidemos que ya hemos montado antes, incluso aunque nuestras montas no fueran más que, como vos decís, estúpidas mulas.

Alfonso se rio entre dientes mientras hacía girar a su caballo con una facilidad magistral para sus escasos diez años. Le brillaban los ojos azules, y el pelo rubio y grueso que llevaba cortado recto por los hombros le realzaba el rostro apuesto y regordete.

—Y no olvidéis vos —dijo— que yo llevo montando desde que tenía cinco años. Es la experiencia lo que hace a un buen jinete.

—Eso es cierto —murmuró el tutor de Alfonso, don Chacón, desde su enorme caballo—. El infante Alfonso es un ecuestre consumado. Montar es ya como un acto reflejo para él.

—No lo dudamos —agregué antes de que Beatriz tuviera ocasión de responder y forcé una sonrisa—. Creo que ya estamos listos, hermano. Pero, por favor, no vayas muy rápido.

Alfonso dirigió a su caballo hacia adelante, guiando a los demás hasta el exterior del patio interior de Arévalo para pasar por debajo del rastrillo y de las puertas principales.

Yo, por mi parte, le dirigí una mirada de reproche a Beatriz.

Claro que, ¿qué otra cosa podría hacer? Aburrida de nuestra rutina diaria de lecciones, rezos y costura, aquella misma mañana había dicho que o bien hacíamos algo de ejercicio o nos convertiríamos en unas viejas brujas antes de tiempo. Nos habían tenido encerradas demasiado tiempo, había dicho, lo cual era una gran verdad, ya que el invierno había sido más duro de lo habitual. Y, cuando le pidió permiso a nuestra tutora doña Clara, mi aya había accedido porque pensaba que montar quería decir en nuestro caso coger las mulas viejas del castillo y salir de excursión alrededor del muro de cerramiento que lo rodeada y por el municipio que había junto a él durante más o menos una hora antes de prepararnos para la cena.

Pero cuando me vestí con las ropas de montar y me dirigí con Beatriz hasta el patio, encontré allí a Alfonso y a don Chacón con dos sementales imponentes, un regalo de nuestro hermanastro, el rey Enrique. El caballo negro era para mí, había dicho Alfonso. Se llamaba Canela.

Había contenido la gran inquietud mientras me subía al animal con la ayuda de un escabel. Me preocupé mucho más cuando me enteré de que esperaban que montara a horcajadas, a la jineta, como lo hacían los moros, encaramada a la estrecha silla de piel con los estribos hacia arriba, lo cual era una sensación bastante poco familiar e inquietante para mí.

—Extraño nombre para un caballo —había remarcado yo para ocultar mi aprensión—. La canela es de color claro; sin embargo, esta criatura es negra como la noche.

Canela sacudió la crin y giró su cabeza de exquisita forma para pegarme un mordisco en la pierna. No creí en aquel momento que aquello hubiera sido un muy buen augurio para la tarde que teníamos por delante.

—Beatriz —le dije entre dientes mientras salíamos hacia la llanura—, ¿por qué no me lo dijiste? Sabes que no me gustan las sorpresas.

—Por eso exactamente —me respondió en el mismo tono—. Si os lo hubiera dicho, no habríais venido. Habríais dicho que teníamos que leer o coser o recitar novenas. Decid lo que queráis, pero de vez en cuando tenemos que divertirnos.

—No veo cómo puede considerarse divertido que te tiren de un caballo.

—Bah, pensad en él como un perro más crecido de la cuenta. Es grande, sí, pero inofensivo.

—Y decidme, ¿cómo lo sabéis?

—Porque de otro modo Alfonso nunca os dejaría montar a Canela —dijo Beatriz con un tono malhumorado que revelaba la inmutable confianza en sí misma que había hecho de ella mi mejor amiga y confidente aunque, a menudo, me encontrara entre el entretenimiento y el desasosiego al confrontar su carácter irreverente.

Nos llevábamos tres años y teníamos temperamentos opuestos. Beatriz actuaba como si el reino que nos esperaba tras las puertas fuera un enorme lugar inexplorado repleto de posibles aventuras. Doña Clara decía que su actitud temeraria se debía a la muerte de su madre poco después de darla a luz a ella. Su padre la había criado él solo en Arévalo, sin supervisión femenina. Ella morena y yo rubia, ella voluptuosa y yo angulosa; Beatriz era también rebelde, impredecible y demasiado directa para su propio bien. Desafiaba incluso a las monjas del convento de las Angustias, donde íbamos a recibir nuestras lecciones, distrayen-

do continuamente a la pobre sor María con sus interminables preguntas. Era una amiga leal y divertida al mismo tiempo, siempre dispuesta a encontrar regocijo donde otros no podrían. Sin embargo, no dejaba de ser una preocupación constante para sus mayores y para doña Clara, que había intentado en vano enseñar a Beatriz que las buenas maneras de una señorita no la llevaban a guiarse por el impulso siempre que este la asaltara.

—Deberíamos haberle dicho la verdad a doña Clara —dije yo mirándome las manos. Otra vez estaba apretando las riendas y me concentré en aflojar el agarre—. No creo que considere nuestra andanza a caballo muy apropiada.

Beatriz señaló con la cabeza hacia adelante.

—¿A quién le importa lo apropiado? ¡Mirad a vuestro alrededor!

Hice lo que me dijo pero a regañadientes.

El sol ya bajaba por el horizonte y emitía un resplandor azafrán vibrante sobre el cielo de color hueso descolorido. A nuestra izquierda, Arévalo se erigía sobre un colina baja como un ciudadela de color pardo con sus seis torres y su torre del homenaje almenada, colindante con la ciudad mercantil provinciana de igual nombre. A nuestra derecha, el camino principal que llevaba a Madrid; y alrededor de nosotros se extendía la gran explanada que era Castilla tan lejos como me alcanzaba la vista, como una tierra infinita salpicada de campos de cebada y trigo, huertos de verduras y arboledas de pinos que se mecían con el viento. El aire, en calma, se antojaba embriagador por la fragancia de la resina y el olor a nieve derretida que yo siempre asociaba con la llegada de la primavera.

—¿No es espectacular? —dijo Beatriz respirando profundamente y con los ojos refulgentes.

Yo asentí mientras perdía la mirada por la campiña que llevaba siendo mi hogar desde que tenía memoria. Había visto

aquel paisaje muchas veces antes, claro, desde la torre de Arévalo y durante nuestros viajes anuales con doña Clara a la ciudad vecina de Medina del Campo, donde se celebraba la mayor feria de ganado de Castilla. Sin embargo, y por alguna razón que no sabría explicar, aquel día parecía distinto, como cuando de pronto uno se da cuenta de que el tiempo ha transformado un cuadro que lleva viendo todos los días oscureciendo los colores hasta darle otro lustre completamente distinto y resaltando aún más el contraste entre las luces y las sombras.

Mi naturaleza pragmática me aseguraba que me estaba ocurriendo aquello porque estaba viendo las tierras desde un punto más elevado, subida a lomos de Canela en vez de la mula en la que solía ir. Aun así, las lágrimas brotaron de mis ojos y, sin previo aviso, me asaltó la visión de una imponente sala llena de personas con ropajes de seda y terciopelo. La imagen se disipó tan pronto llegó, como un fantasma del pasado y, cuando Alfonso me hizo un gesto con la mano desde donde iba dirigiendo el camino con don Chacón, se me olvidó por completo que estaba encima de un animal completamente desconocido y potencialmente peligroso para mí, y le clavé los talones en las costillas.

Canela brincó hacia adelante y me lanzó contra su cuello arqueado. Yo me agarré de la crin instintivamente y me erguí por encima de la silla tensando las caderas. Canela respondió a aquello con un bufido de satisfacción y aceleró el paso; pasamos galopando junto a Alfonso entre una nube de polvo de color ocre.

—¡Dios mío! —oí decir a Alfonso entrecortadamente cuando lo adelantamos.

Vi por el rabillo del ojo a Beatriz, que me seguía a gran velocidad y gritaba a mi hermano y a un don Chacón estupefacto:

—Años de experiencia, ¿eh?
Solté una carcajada.

Fue maravilloso, exactamente como había imaginado que sería volar: dejar atrás las preocupaciones por las lecciones y los estudios, la fría piedra del castillo y las interminables cestas de ropa para zurcir, las constantes conversaciones y murmullos de preocupación por el dinero y la mala salud de mi madre; sentirme libre y deleitarme con la sensación de aquel caballo que se movía debajo de mí y con el paisaje de Castilla.

Al detenerme en seco sobre una colina desde la que se podían divisar las llanuras, el capuz se me cayó hacia atrás para dejar al descubierto los cabellos rojizos que se me escapaban de las trenzas desechas. Al bajar de Canela le di unas palmaditas en el cuello. El animal me acarició la mano con el hocico antes de ponerse a mascar unos espinos secos que habían crecido entre las rocas. Yo me senté en un montón de piedras cercano para ver llegar a Beatriz por la cresta de la colina. Cuando se detuvo, sofocada por el esfuerzo, observé:

—Teníais razón, después de todo. Sí que necesitábamos el ejercicio.

—¡Ejercicio! —dijo jadeando mientras se bajaba del caballo—. ¿Sois consciente de que hemos dejado a Su Alteza y a Chacón atrás en medio de una nube de polvo?

Yo sonreí.

—Beatriz de Bobadilla, ¿tiene que ser todo una competición para vos?

Con las manos en las caderas dijo:

—Cuando se trata de probar nuestra valía, sí. Si no cuidamos nosotras de nosotras mismas, ¿quién lo hará pues?

—Así que es nuestra fuerza lo queréis probar —dije—. Mmmm... explicadme eso.

Beatriz se dejó caer junto a mí y perdió la vista hacia el sol poniente. En aquella época del año el sol caía lentamente en Castilla, ofreciéndonos la imponente visión de las nubes de color dorado y el cielo de tonos violeta y escarlata. El viento incipiente de la noche se enroscaba en el cabello moreno y enmarañado de Beatriz; su mirada expresiva, que no dudaba en dejar ver cualquiera de sus pensamientos, se tornó nostálgica.

—Quiero probar que somos tan hábiles como cualquier hombre y que, por lo tanto, debemos disfrutar de los mismos privilegios.

Yo fruncí el ceño.

—¿Y por qué íbamos a desear eso?

—Para poder vivir como consideremos adecuado sin tener que pedir perdón por ello, igual que hace Su Alteza.

—Alfonso no vive como considera adecuado. —Me volví a colocar el capuz y a atar los lazos a la almilla—. De hecho, tiene bastante menos libertad de la que creéis. Dejando a un lado lo de hoy, apenas lo veo; siempre está muy ocupado con las clases de manejo de la espada, del arco, con las justas... por no hablar de sus estudios. Es un príncipe y, como tal, tiene exigencias importantes que atender y que lo absorben la mayor parte del tiempo.

Ella puso mala cara.

—Sí, exigencias importantes, no coser, hacer manteca o encorralar al ganado. Si pudiéramos vivir como hombres, podríamos vagar libremente por el mundo y emprender nobles hazañas, como un caballero errante o como la Doncella de Orleans.

Conseguí disimular la emoción espontánea que habían despertado sus palabras en mí. Me había instruido a mí misma en no mostrar mis sentimientos ni emociones desde que Alfonso, mi madre y yo habíamos salido de Valladolid aquella fatídi-

ca noche diez años antes, ya que con el paso del tiempo había llegado a comprender mucho mejor lo que había ocurrido. No estábamos tan aislados en Arévalo. Conseguía enterarme de las noticias que se filtraban ocasionalmente por la meseta desde las residencias reales de Madrid, Segovia y Valladolid; los temas los murmuraban nuestras sirvientas, lo cual hacía fácil que uno se enterara si hacía como que no escuchaba. Supe que con la ascensión de Enrique la corte se había convertido en un lugar peligroso para nosotros, que estaba gobernado por sus favoritos y por su reina avariciosa. Nunca conseguí olvidar aquel miedo palpable que había sentido la noche en que mi padre murió, la larga caminata a caballo por los campos y los bosques oscuros tratando de evitar los caminos principales por si Enrique había enviado a sus guardias para darnos caza. Aquel recuerdo se me había grabado en la memoria; una lección indeleble de que en la vida ocurren cambios estemos preparados o no para ellos, y que tenemos que hacer todo lo posible por adaptarnos a ellos con el mínimo alboroto posible.

—La Doncella de Orleans fue quemada en la hoguera —dije finalmente—. ¿Es ese el final grandioso al que habéis aspirado que lleguemos, amiga mía?

Beatriz suspiró.

—Claro que no, esa es una muerte horrible. Pero me gustaría pensar que, si tuviéramos la oportunidad, podríamos liderar ejércitos en defensa de nuestra patria como hizo ella. Al parecer, estamos condenadas al fracaso antes de haber vivido siquiera. —Abrió los brazos—. ¡Es siempre igual día tras día, semana tras semana, un mes deprimente tras otro! ¿Es así como crecen todas las damas? ¿Tan estúpidas somos que nuestros únicos placeres deben ser los de entretener a nuestros invitados y agradar a nuestros futuros maridos, aprender a sonreír entre plato y plato de las cenas sin expresar jamás una

opinión propia? Pues bien podríamos privarnos de la parte del matrimonio y la de los niños y pasar directamente a la edad anciana y la santidad.

La admiraba. Beatriz siempre hacía preguntas para las que no había una respuesta fácil, en busca de cambiar aquello que había sido predeterminado antes de que nacióramos. Lo que me desconcertó fue que, más tarde, me había encontrado yo misma haciéndome el mismo tipo de preguntas y había sentido el mismo tipo de descontento, aunque nunca había llegado a admitirlo. No me gustaba la impaciencia que me acosaba cada vez que miraba al futuro y veía que, incluso siendo una princesa de Castilla, algún día debería casarme donde me dijeran y llevar el tipo de vida que mi marido estimara oportuno para mí.

—No es tedioso ni degradante casarse y ocuparse del marido y los niños —dije—. Ese ha sido el papel de la mujer desde el principio de los tiempos.

—Lo único que hacéis es recitar de memoria lo que os han contado durante toda vuestra vida —replicó—. «Las mujeres a engendrar y los hombres a mantener a la familia». Lo que yo digo es: ¿por qué? ¿Por qué solo podemos tener un único camino? ¿Quién dijo que la mujer no podía coger la espada y la cruz y marchar hacia Granada para luchar contra los moros? ¿Quién dijo que no podíamos tomar nuestras propias decisiones ni encargarnos de nuestros propios asuntos como lo hace cualquier hombre?

—No es cuestión de quién lo hubiera dicho, simplemente es así.

Puso los ojos en blanco en señal de desaprobación.

—Bueno, la Doncella de Orleans no llegó a casarse. No fregaba, ni cosía ni se dedicaba a hablar de dotes. Se colocó una cota de malla y fue a la guerra por su delfín.

—Que fue quien la traicionó ante los ingleses —le recordé e hice una pausa—. Beatriz, la Doncella de Orleans recibió la llamada de Dios para que realizara su obra en la Tierra. No podéis comparar su destino al nuestro. Era una santa; se sacrificó por su patria.

Beatriz resopló con soberbia, pero supe que había conseguido ganar una batalla de una discusión que nos traíamos desde la niñez. Yo permanecí impasible en apariencia, como hacía siempre que Beatriz pontificaba, pero al imaginarme a mi vivaz amiga ataviada con una armadura herrumbrosa, alentando a una compañía de nobles para luchar por la patria, se me escapó una risilla.

—¡Y ahora os reís de mí! —gritó.

—No, no. —Me contuve el regocijo como pude—. No me reía de vos. Estaba pensando que si la Doncella de Orleans se hubiera cruzado en vuestro camino, os habríais unido a ella sin dudarle ni un solo instante.

—Pues claro que lo habría hecho. —Se puso de pie de un salto—. Habría tirado mis libros y mis bordados por la ventana y saltado sobre el primer caballo disponible. Qué maravilloso sería hacer lo que uno quisiera, luchar por la patria propia, vivir con el cielo como único techo y la tierra como lecho.

—Exageráis, Beatriz. Las cruzadas implican más penuria de la que la historia nos cuenta.

—Quizás, ¡pero al menos estaríamos haciendo algo!

Me fijé en sus manos, apretadas como si sostuvieran un arma entre ellas.

—Ciertamente podríais blandir una espada con esas grandes manazas que tenéis —dije para provocarla.

Levantó la barbilla mostrando su orgullo.

—Vos sois la princesa, no yo. Vos blandiríais la espada.

Como si el día se hubiera tornado noche sin previo aviso, el frío me invadió y comencé a temblar.

—No creo que yo pudiera dirigir un ejército jamás —dije en voz baja—. Debe de ser horrible ver a vuestros compatriotas cercenados a manos del enemigo y saber que vuestra propia muerte puede llegar en cualquier momento. Tampoco —proseguí levantando la mano para adelantarme a la protesta de Beatriz— creo que debierais exaltar a la Doncella de Orleans como un ejemplo a emular. Luchó por su príncipe para acabar sufriendo una muerte cruel. No le deseo tal destino a nadie. Y, por supuesto, no me lo deseo a mí misma. Por muy aburrido que os pueda parecer, prefiero casarme y criar niños, lo cual es mi deber.

Beatriz me lanzó una mirada penetrante.

—El deber es para el alfeñique. No me digáis que vos no os lo habéis cuestionado nunca. Devorasteis aquel cuento acerca de los reyes de las cruzadas de la biblioteca como si fuera bizcocho.

Forcé la risa.

—Sois realmente incorregible.

En aquel momento, Alfonso y don Chacón llegaron en los caballos, pareciendo más disgustado el gobernador que mi hermano.

—Alteza, mi señora Bobadilla, no deberían haber salido galopando de ese modo. Podrían haber resultado heridas o incluso algo peor. ¿Quién sabe qué o quién podría estar al acecho en estas tierras al anochecer?

Percibí el miedo en su voz. Aunque el rey Enrique había visto oportuno dejarnos vivir en Arévalo aislados de la corte, su sombra nunca se había alejado de nuestras vidas. La amenaza de un rapto era un peligro con el que me había habituado a convivir y, de hecho, a ignorar. Pero Chacón era un leal protec-

tor y afrontaba cualquier posibilidad de amenaza como un asunto muy serio.

—Perdonadme —le dije—. Soy yo la culpable. De repente me ocurrió algo, no sé qué.

—Fuera lo que fuere, estoy impresionado —dijo Alfonso—. ¿Quién podría haber pensado que serías tal amazonas, hermanita?

—¿Yo una amazonas? Te aseguro que no. Solo ponía a prueba las habilidades de Canela. Lo ha hecho bien, ¿no crees? Es mucho más rápido de lo que su tamaño podría dejar intuir.

Alfonso frunció el ceño.

—Sí, lo es. Y sí, lo ha hecho muy bien, claro que sí.

—Bien, deberíamos volver —dijo Chacón—. Casi ha caído la noche. Vamos, iremos por el camino principal. Y nada de salir al galope esta vez, ¿está claro?

De vuelta en nuestros caballos, Beatriz y yo fuimos detrás de mi hermano bajo el crepúsculo del día. Me fijé en que Beatriz optó por no generar ningún problema e ir cabalgando recatadamente a mi lado. Pero al acercarnos a Arévalo bajo las vetas de color coral que teñían el cielo no pude evitar recordar nuestra conversación y preguntarme, por mucho que intentara no hacerlo, cómo sería eso de ser un hombre.

Título original: *The Queen's Vow*

Primera edición: 2013

© C.W. Gortner, 2012

© de esta edición: Bóveda, 2013

© de la traducción: Ester Molina, 2013

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-49-3

Depósito legal: SE-1.425-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Casa de Trastámara

Enrique II de Castilla
(1333-1379)

Juan I de Castilla
(1358-1390)

Castilla

Aragón

Enrique III de Castilla
(1379-1406)

⊙
Catherine de Lancaster

Juan II de Castilla
(1405-1454)

⊙
1) María de Aragón 2) Isabel de Portugal

Enrique IV de Castilla
(1425-1474)

⊙
1) Blanca de Navarra
2) Juana de Portugal

Juana la Beltraneja
(1462-1530)

Fernando I de Aragón
(1379?-1416)

Juan II de Navarra y Aragón
(1397-1479)

⊙
1) Blanca de Navarra
2) Juana Enríquez
Carlos de Viana
(1421-1461)

Alfonso
(1453-1468)

ISABEL DE CASTILLA
(1451-1504)



FERNANDO DE ARAGÓN
(1452-1516)

Isabel
(1470-1498)

⊙
1) Afonso de Portugal
2) Manuel de Portugal

Juan
(1478-1497)

⊙
Margarita de Austria

Juana
(1479-1555)

⊙
Felipe de Habsburgo

María
(1482-1517)

⊙
Manuel de Portugal

Catalina
(1485-1536)

⊙
1) Arturo de Gales
2) Enrique VIII



PRÓLOGO

1454

NADIE CREYÓ QUE MI DESTINO FUERA LA GRANDEZA. Vine al mundo en el municipio castellano de Madrigal de las Altas Torres como primogénita del segundo matrimonio de mi padre, Juan II, con Isabel de Portugal, por quien me pusieron este nombre. Una infanta saludable e inusualmente tranquila cuya llegada fue anunciada con campanas y someras felicitaciones, pero no a bombo y platillo. Mi padre ya había engendrado a un heredero en su primer matrimonio, mi hermanastro Enrique y, cuando mi madre dio a luz a mi hermano Alfonso dos años después de mi nacimiento, reforzando así la casa de los Trastámara, todos creyeron que me relegarían al claustro y a la rueca, como ventajoso peón de matrimonio para Castilla.

Como ocurre habitualmente, Dios tiene un plan distinto. Todavía recuerdo bien el momento en que todo cambió.

Aún no tenía cumplidos los cuatro años. Mi padre llevaba semanas enfermo con una fortísima fiebre, encerrado tras las puertas de sus dependencias en el alcázar de Valladolid. Yo no conocía muy a fondo a aquel rey de cuarenta y ocho años al que habían apodado el Inútil por la forma en que reinaba. Has-



ta hoy, lo único que recuerdo es a un hombre alto y enjuto de ojos tristes y sonrisa difusa, que una vez me mandó llevar a sus aposentos y me regaló un peine de joyas esmaltado de estilo árabe. Un hombre bajito y con la tez morena permaneció detrás del trono de mi padre todo el tiempo que yo estuve allí, con su mano de dedos rechonchos reposada sobre la espalda de mi padre, denotando posesión mientras me observaba con entusiasmo.

Varios meses después de aquel encuentro oí por casualidad a las mujeres de la casa murmurar sobre que habían decapitado al señorito y que aquel hecho había sumido a mi padre en un profundo dolor.

—Lo mató esa loba portuguesa —decían las mujeres—. La loba portuguesa hizo matar al condestable Luna porque era el favorito del rey —y luego una de ellas dijo susurrando—:

—*Shh*. ¡La niña nos está oyendo!

Se quedaron quietas todas al instante, como si fueran figuras tejidas en un tapiz, al verme sentada en la alcoba justo al lado de ellas, yo que era toda oídos con una curiosidad pasmosa.

Solo unos días después de oír a las mujeres me despertaron bruscamente en mitad de la noche, me envolvieron en una capa y me condujeron a toda prisa por los pasillos del alcázar hasta las dependencias reales, y fue esa la única vez que me dejaron entrar en una sala sofocante con braseros humeantes y el sonido atenuado de los salmos con los que los monjes inundaban la estancia entre espirales de humo. Había lámparas de cobre que oscilaban pendientes de cadenas doradas sobre nuestras cabezas y el resplandor titilante y aceitoso recorría los rostros apenados de los grandes nobles de España, que vestían sus galas más apagadas y tristes.

En la gran cama que había delante de mí, las cortinas estaban descorridas.

Me detuve en el umbral e instintivamente busqué con la mirada al señorito, aun sabiendo que estaba muerto. Después descubrí al halcón peregrino favorito de mi padre posado en la hornacina, encadenado a su poste plateado. Detuvo sus pupilas dilatadas en mí, opacas y encendidas por las llamas.

Me quedé paralizada; presentí que allí había algo horrible que no quería ver.

—Mi niña, id —dijo mi aya doña Clara con insistencia—. Su Majestad, su padre, pregunta por usted.

Yo no quería avanzar y me volví y me agarré a su falda y escondí la cara entre los dobleces polvorientos. Oí unos pasos fuertes que se acercaban a mí desde atrás y una voz grave dijo:

—¿Es esta nuestra pequeña infanta Isabel? Venid, niña, dejad que os vea.

Había algo en aquella voz que me atrapó y me hizo levantar la mirada.

Un hombre se erguía sobre mí, alto, fornido, vestido con el mismo atuendo sombrío de los nobles. Tenía la cara regordeta con barba de chivo y la mirada penetrante tras unos ojos brillantes de color marrón. No era apuesto —parecía un gatito mimado de palacio—, pero la suave elevación de la comisura de su boca sonrosada me embelesó, ya que parecía que solo me sonreía a mí con un interés inquebrantable que me hacía sentir como si yo fuera la única persona del mundo a quien le interesaba ver.

Alargó la mano y me la ofreció con una delicadeza poco propia para un hombre de su tamaño.

—Soy el arzobispo Carrillo de Toledo —dijo—. Venid conmigo, Alteza, no debéis tener miedo.

Le cogí la mano tímidamente; tenía los dedos fuertes y cálidos. Me sentí segura cuando cerró la mano guardando la mía en el interior y me condujo dejando atrás a los monjes y los

cortesanos ataviados con ropas oscuras, mientras me miraban aquellos ojos anónimos que parecían centellear con el mismo desinterés que los del halcón de la hornacina.

El arzobispo me instó a colocarme en un escabel que había dispuesto junto a la cama para que pudiera estar cerca de mi padre. Pude oír el sonido de la respiración de mi padre produciendo un ruido áspero en los pulmones. Estaba en los huesos y la piel que los cubría mostraba una especie de tono céreo. Tenía los ojos cerrados y las manos de delgados dedos cruzadas sobre el pecho, como si fuera una de las efigies de las tumbas de decoración intrincada que atestaban nuestras catedrales.

Debí de haber emitido una especie de sonido de consternación, ya que Carrillo me dijo al oído:

—Debéis besarlo, Isabel. Dadle la bendición a vuestro padre para que pueda abandonar en paz este valle de lágrimas.

Aunque era lo último que me apetecía hacer, aguanté la respiración, me incliné hacia adelante y di un beso apresurado a mi padre en la mejilla. Sentí el frío de la fiebre en su piel. Retrocedí y dirigí la mirada al otro lado de la cama.

Allí vi una silueta. Por un momento que desencadenó mi horror pensé que era el espíritu del condestable fallecido, del cual las mujeres decían que rondaba el castillo sediento de venganza. Pero, entonces, un titileo furtivo escapó de una de las lámparas y cruzó la cara de aquella figura, y fue entonces cuando reconocí a mi hermanastro mayor, el príncipe Enrique. La mera visión de él me sobresaltó; solía mantenerse alejado de la corte por preferir su querida casa real de Segovia, donde se decía que tenía a un infiel como vigilante y una colección de animales salvajes y bestias a los que él mismo alimentaba con sus manos. No obstante, allí estaba, junto al lecho de muerte de nuestro padre, envuelto en una capa negra y con un turbante de color escarlata sobre la cabeza para ocultar la pelambreira

enmarañada, pero que en realidad resaltaba su inusual nariz plana y sus ojos juntos y pequeños, todo lo cual le daba la apariencia descuidada de un león.

La sonrisa de complicidad que me dedicó hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

El arzobispo me cogió en brazos y me sacó de la sala como si ya no hubiera nada relevante esperándonos allí. Por encima de aquel hombro grueso pude ver a los cortesanos y a los nobles congregarse en torno a la cama. Los cantos de los monjes iban incrementando su potencia y entonces vi a Enrique inclinarse con resolución, incluso podría decirse que con cierta impaciencia y ansiedad, sobre el rey moribundo.

En aquel preciso instante, nuestro padre Juan II, exhaló su último aliento.

No regresamos a nuestras dependencias. Agarrada fuerte contra el pecho del arzobispo y aturdida, vi cómo le hacía un gesto brusco a mi aya, que esperaba fuera de los aposentos, y nos bajó por la escalera trasera de caracol hasta la torre del homenaje. La luna anodina apenas rasgaba la veladura de nubes y niebla.

Cuando estuvimos lejos de la sombra protectora del castillo, el arzobispo dirigió la mirada hacia atrás por la puerta poterna que parecía en aquel momento una figura oscura más que se insertaba en la lejana pared del cerramiento.

—¿Dónde están? —dijo él sin poder ocultar el tono de tensión de su voz.

—No... no lo sé —contestó doña Clara con voz trémula—. Yo mandé decir lo que me pidió, que Su Majestad se encontrara aquí mismo con nosotros. Espero que no haya pasado nada que...

El arzobispo levantó la mano.

—Creo que ya los veo.

Dio un paso adelante; noté cómo todo su cuerpo se tensaba a medida que se hacía más audible el sonido de los zapatitos en los guijarros. Exhaló súbitamente cuando vio a las figuras que se acercaban a nosotros dirigidas por mi madre. Estaba pálida, llevaba el capuz de la capa caído sobre los hombros y algunos de sus cabellos rojizos mojados por el sudor se hacían visibles al escapárseles por debajo de la cofia. Tras ella iban sus damas portuguesas sobrecogidas y don Gonzalo Chacón, el tutor de mi hermanito de un año, al que él mismo acunaba entre sus fornidos brazos. Yo me preguntaba qué estaríamos haciendo allí en medio de la noche, con el frío que hacía y siendo mi hermano tan pequeño.

—¿Está...? —dijo mi madre casi sin aliento.

Carrillo asintió. Mi madre no pudo contenerse más y los sollozos le quebraron la voz mientras me miraba con sus ojos de color azul verdoso, en aquel momento llenos de expectación, estando yo aún entre los brazos del arzobispo. Abrió las manos.

—Isabel, hija mía.

Carrillo me soltó en el suelo aunque, inesperadamente, yo no quería librarme de su agarre. Aun así, me incliné hacia delante y la enorme capa me cubrió como si yo fuera un capullo deformado. Le hice la reverencia que me habían enseñado para cada vez que estuviera delante de mi hermosa madre, como siempre había hecho en las escasas ocasiones en que me habían llevado ante ella en la corte. Echó hacia atrás mi capuz para cruzar su mirada verdosa con la mía. Todos decían que tenía los ojos de mi madre, solo que de un tono más oscuro.

—Mi niña —susurró y percibí cierta desesperación en su tono—. Mi hija más amada, lo único que tenemos es la una a la otra.

—Majestad, debéis concentraros en lo que realmente importa ahora mismo —oí decir a Carrillo—. Debemos poner a

vuestros hijos a salvo. Con el fallecimiento de vuestro esposo, el rey, ellos son...

—Sé lo que son mis hijos —le interrumpió mi madre—. Lo que quiero que me digáis es de cuánto tiempo disponemos, Carrillo. ¿De cuánto tiempo disponemos antes de tener que abandonar todo lo que conocemos para perdernos en un refugio olvidado en medio de la nada?

—Unas horas como mucho. —Fue la respuesta determinante del arzobispo—. Aún no han repicado las campanas porque anunciar esto lleva su tiempo. —Hizo una pausa—. Pero llegarán pronto, como mucho por la mañana. Debéis depositar toda vuestra confianza en mí. Os prometo que me ocuparé de que nada os pase a vos ni a los infantes.

Mi madre se volvió hacia él y lo miró fijamente, tapándose la boca con la mano como para contener la risa.

—¿Cómo pensáis hacerlo? Enrique de Trastámara está a punto de convertirse en rey. Si mis sentidos no me fallan ni me han fallado en todos estos años, será tan fácil de persuadir por sus favoritos como lo fue Juan. ¿Qué seguridad podríais vos proporcionarnos buscando refugio en un convento a una cofradía de sus guardias y a nosotros? Claro que sí, ¿por qué no? Un cenobio es por descontado un lugar mucho más apropiado para una viuda extranjera y odiada y para su prole.

—Los niños no pueden crecer en un convento —dijo Carrillo—. Y tampoco se los debe separar de su madre siendo tan pequeños. Vuestro hijo, Alfonso, es ahora por ley el heredero de Enrique hasta que su esposa le dé un hijo. Os aseguro que el Consejo no va a aprobar la impugnación de los derechos de los infantes. De hecho, han acordado que podáis criar al príncipe y a su hermana en el castillo de Arévalo en Ávila, que os será entregado como parte de la dote por viudedad.

Se hizo el silencio. Yo estaba muy quieta observando la mirada vidriosa de mi madre mientras repetía «Arévalo», como si no lo hubiera oído bien.

Carrillo prosiguió:

—El testamento de Su Majestad deja una abundante provisión para los infantes, incluyendo la concesión de distintas ciudades al llegar a su decimotercero año de edad. Os prometo que no os faltará de nada.

Mi madre agudizó la mirada.

—Juan apenas veía a nuestros hijos. Nunca se preocupó por ellos. Nunca se preocupó por nadie excepto por aquel terrible hombre, el condestable Luna. ¿Y ahora me decís que les ha dejado suficientes provisiones? ¿Cómo lo sabéis?

—Yo fui su confesor, ¿recordáis? Hizo caso de mi consejo porque temía arder en el Infierno eterno si no lo hacía. —La repentina intensidad con la que habló Carrillo en aquel momento me hizo dirigir de nuevo la mirada hacia él—. Pero no puedo protegeros si no depositáis vuestra confianza en mí. En Castilla, es costumbre que una reina viuda se retire de la corte, pero normalmente no puede quedarse con sus hijos, especialmente si el nuevo rey no posee un heredero. Por eso debéis marchar esta misma noche. Llevad únicamente a los infantes y lo que podáis cargar. Yo enviaré el resto de vuestras posesiones lo antes posible. Una vez estéis en Arévalo y el testamento del rey se haga público, nadie se atreverá a tocaros, ni siquiera Enrique.

—Entiendo, pero vos y yo nunca compartimos una amistad, Carrillo. ¿Por qué corréis este riesgo por mí?

—Digamos que os ofrezco un favor —dijo—, a cambio de otro.

En aquella ocasión mi madre no pudo contenerse la risa.

—¿Qué favor puedo hacer os yo a vos, el prelado más poderoso de Castilla? Solo soy una viuda con dote, dos niños pequeños y un personal al que mantener.

—Ya lo sabréis cuando llegue el momento. Tened por seguro que no os supondrá ninguna inconveniencia.

Con tales palabras Carrillo se volvió para dar instrucciones a los sirvientes, que habían oído toda la conversación y estaban paralizados y consternados; el terror se había apoderado de sus miradas.

Alargué la mano lentamente para agarrar la de mi madre. Nunca me había atrevido a tocarla sin el previo permiso para hacerlo. Para mí, siempre había sido una figura hermosa —aunque distante— cubierta de ropajes relucientes y destellantes, de la que siempre se escapaba alguna risa entre los labios y que constantemente estaba rodeada de admiradores que la adulaban: una madre a la que amar desde la distancia. En aquel momento, daba la impresión de haber recorrido kilómetros en medio de un paisaje rocoso por el aspecto tan agónico que presentaba y que me hizo desear ser mayor, más grande, para poder, de algún modo, ser lo suficientemente fuerte como para protegerla del cruel destino que le había arrebatado a mi padre de su lado.

—Madre, no es culpa vuestra —dije yo—. Papá se ha ido al Cielo; por eso nos tenemos que ir.

Ella asintió mientras las lágrimas le bañaban los ojos, que vagaban perdidos en algún punto distante.

—Y nos vamos a Ávila —añadí—. No está lejos, ¿verdad, madre?

—No —dijo ella con templanza—, no está lejos, hija mía; en absoluto lo está...

Pero supe que, para ella, estaba a una eternidad de allí.

CAPÍTULO UNO

— **A** GARRA LAS RIENDAS CON FIRMEZA, ISABEL. NO dejes que perciba el miedo. Si lo hace, creerá que es él quien tiene el control e intentará dejarte caer.

Montada a lomos de aquel elegante semental negro, asentí agarrando las riendas con fuerza. Sentía la piel tirante bajo las puntas de los dedos de mis guantes, desgastados por el tiempo. Ya era tarde cuando retomé la idea de haber aceptado que el padre de Beatriz, don Pedro de Bobadilla, me comprara los guantes nuevos que me ofreció por mi decimotercero cumpleaños. Pero en lugar de eso, el orgullo —un pecado contra el que intentaba luchar, casi siempre sin éxito alguno— me había llevado a no dejar ver nuestra penuria aceptando aquel regalo, aunque vivía con nosotros y seguramente sabría bastante bien cuán empobrecidos estábamos; había sido el mismo orgullo que me había llevado a no poder rechazar el reto que mi hermano me había lanzado de aprender a montar un caballo de verdad.

Así que allí estaba yo, con unos guantes de piel raídos y viejos que parecían seda bajo mis dedos a modo de protección,



a lomos de aquel espléndido animal. Aunque no era un caballo muy grande, no dejaba de imponer miedo; la criatura se movía y pateaba el suelo como si estuviera a punto de desbocarse en cualquier momento, sin parecer que le importara que yo siguiera encima o no.

Alfonso negó con la cabeza, se bajó de su roano y me separó más los dedos para poder pasar las riendas entre ellos.

—Así —dijo Alfonso—. Firme, pero no tanto como para hacerle daño en la boca. Y recuerda sentarte derecha cuando vayas cabalgando e inclinarte hacia delante cuando galopes. Canela no es uno de esos estúpidos caballos que montáis tú y Beatriz. Es un purasangre árabe digno de un califa; necesita saber que su jinete tiene el control todo el tiempo.

Endurecí la columna y acomodé las nalgas en la silla de montar repujada. Me sentía ligera como un cardo. Aunque ya estaba en la edad en que la mayoría de las jovencitas empiezan a desarrollarse, yo seguía plana y flaca, tanto que mi amiga y dama de compañía Beatriz, la hija de don Bobadilla, no paraba de intentar que comiera más. En aquel momento me miraba con preocupación. Su figura, significativamente más curvada que la mía, estaba colocada tan recta sobre su caballo castrado moteado que parecía que llevaba montada en él toda su vida; llevaba el cabello moreno peinado en un moño que resaltaba sus facciones aquilinas, con una cinta alrededor y un velo.

Le dijo a Alfonso:

—Supongo, Alteza, que habéis domeñado convenientemente a este purasangre principesco. No queríamos tener que lamentar que algo le ocurriera a vuestra hermana.

—Claro que está domeñado. Don Chacón y yo mismo lo domamos. No le pasará nada a Isabel, ¿verdad, hermana?

Incluso habiendo asentido, me asaltó la duda con sobrecogimiento. ¿Cómo iba a conseguir hacerle ver a esa bestia que

era yo la que tenía el control? Como si pudiera percibir mis pensamientos, Canela empezó a brincar hacia los lados. Solté un grito ahogado mientras tiraba con fuerza de las riendas. Se detuvo en seco con un bufido, las orejas hacia atrás y claramente contrariada por la tensión que había ejercido yo al tirarle del bocado.

Alfonso me guiñó un ojo.

—¿Lo veis? Sabe cómo manejarla —dijo mirando a Beatriz—. ¿Necesitáis un poco de ayuda, mi señora? —preguntó con un cierto tono jocoso que dejaba ver los años de discusiones que tenía a la espalda con la obstinada hija única del guardián de nuestro castillo.

—Me las puedo apañar sola, gracias —dijo Beatriz de manera cortante—. De hecho, Su Alteza y yo estaremos bien en cuanto nos acostumbremos a este corcel moro suyo. No olvidemos que ya hemos montado antes, incluso aunque nuestras montas no fueran más que, como vos decís, estúpidas mulas.

Alfonso se rio entre dientes mientras hacía girar a su caballo con una facilidad magistral para sus escasos diez años. Le brillaban los ojos azules, y el pelo rubio y grueso que llevaba cortado recto por los hombros le realzaba el rostro apuesto y regordete.

—Y no olvidéis vos —dijo— que yo llevo montando desde que tenía cinco años. Es la experiencia lo que hace a un buen jinete.

—Eso es cierto —murmuró el tutor de Alfonso, don Chacón, desde su enorme caballo—. El infante Alfonso es un ecuestre consumado. Montar es ya como un acto reflejo para él.

—No lo dudamos —agregué antes de que Beatriz tuviera ocasión de responder y forcé una sonrisa—. Creo que ya estamos listos, hermano. Pero, por favor, no vayas muy rápido.

Alfonso dirigió a su caballo hacia adelante, guiando a los demás hasta el exterior del patio interior de Arévalo para pasar por debajo del rastrillo y de las puertas principales.

Yo, por mi parte, le dirigí una mirada de reproche a Beatriz.

Claro que, ¿qué otra cosa podría hacer? Aburrida de nuestra rutina diaria de lecciones, rezos y costura, aquella misma mañana había dicho que o bien hacíamos algo de ejercicio o nos convertiríamos en unas viejas brujas antes de tiempo. Nos habían tenido encerradas demasiado tiempo, había dicho, lo cual era una gran verdad, ya que el invierno había sido más duro de lo habitual. Y, cuando le pidió permiso a nuestra tutora doña Clara, mi aya había accedido porque pensaba que montar quería decir en nuestro caso coger las mulas viejas del castillo y salir de excursión alrededor del muro de cerramiento que lo rodeada y por el municipio que había junto a él durante más o menos una hora antes de prepararnos para la cena.

Pero cuando me vestí con las ropas de montar y me dirigí con Beatriz hasta el patio, encontré allí a Alfonso y a don Chacón con dos sementales imponentes, un regalo de nuestro hermanastro, el rey Enrique. El caballo negro era para mí, había dicho Alfonso. Se llamaba Canela.

Había contenido la gran inquietud mientras me subía al animal con la ayuda de un escabel. Me preocupé mucho más cuando me enteré de que esperaban que montara a horcajadas, a la jineta, como lo hacían los moros, encaramada a la estrecha silla de piel con los estribos hacia arriba, lo cual era una sensación bastante poco familiar e inquietante para mí.

—Extraño nombre para un caballo —había remarcado yo para ocultar mi aprensión—. La canela es de color claro; sin embargo, esta criatura es negra como la noche.

Canela sacudió la crin y giró su cabeza de exquisita forma para pegarme un mordisco en la pierna. No creí en aquel momento que aquello hubiera sido un muy buen augurio para la tarde que teníamos por delante.

—Beatriz —le dije entre dientes mientras salíamos hacia la llanura—, ¿por qué no me lo dijiste? Sabes que no me gustan las sorpresas.

—Por eso exactamente —me respondió en el mismo tono—. Si os lo hubiera dicho, no habríais venido. Habríais dicho que teníamos que leer o coser o recitar novenas. Decid lo que queráis, pero de vez en cuando tenemos que divertirnos.

—No veo cómo puede considerarse divertido que te tiren de un caballo.

—Bah, pensad en él como un perro más crecido de la cuenta. Es grande, sí, pero inofensivo.

—Y decidme, ¿cómo lo sabéis?

—Porque de otro modo Alfonso nunca os dejaría montar a Canela —dijo Beatriz con un tono malhumorado que revelaba la inmutable confianza en sí misma que había hecho de ella mi mejor amiga y confidente aunque, a menudo, me encontrara entre el entretenimiento y el desasosiego al confrontar su carácter irreverente.

Nos llevábamos tres años y teníamos temperamentos opuestos. Beatriz actuaba como si el reino que nos esperaba tras las puertas fuera un enorme lugar inexplorado repleto de posibles aventuras. Doña Clara decía que su actitud temeraria se debía a la muerte de su madre poco después de darla a luz a ella. Su padre la había criado él solo en Arévalo, sin supervisión femenina. Ella morena y yo rubia, ella voluptuosa y yo angulosa; Beatriz era también rebelde, impredecible y demasiado directa para su propio bien. Desafiaba incluso a las monjas del convento de las Angustias, donde íbamos a recibir nuestras lecciones, distrayen-

do continuamente a la pobre sor María con sus interminables preguntas. Era una amiga leal y divertida al mismo tiempo, siempre dispuesta a encontrar regocijo donde otros no podrían. Sin embargo, no dejaba de ser una preocupación constante para sus mayores y para doña Clara, que había intentado en vano enseñar a Beatriz que las buenas maneras de una señorita no la llevaban a guiarse por el impulso siempre que este la asaltara.

—Deberíamos haberle dicho la verdad a doña Clara —dije yo mirándome las manos. Otra vez estaba apretando las riendas y me concentré en aflojar el agarre—. No creo que considere nuestra andanza a caballo muy apropiada.

Beatriz señaló con la cabeza hacia adelante.

—¿A quién le importa lo apropiado? ¡Mirad a vuestro alrededor!

Hice lo que me dijo pero a regañadientes.

El sol ya bajaba por el horizonte y emitía un resplandor azafrán vibrante sobre el cielo de color hueso descolorido. A nuestra izquierda, Arévalo se erigía sobre un colina baja como un ciudadela de color pardo con sus seis torres y su torre del homenaje almenada, colindante con la ciudad mercantil provinciana de igual nombre. A nuestra derecha, el camino principal que llevaba a Madrid; y alrededor de nosotros se extendía la gran explanada que era Castilla tan lejos como me alcanzaba la vista, como una tierra infinita salpicada de campos de cebada y trigo, huertos de verduras y arboledas de pinos que se mecían con el viento. El aire, en calma, se antojaba embriagador por la fragancia de la resina y el olor a nieve derretida que yo siempre asociaba con la llegada de la primavera.

—¿No es espectacular? —dijo Beatriz respirando profundamente y con los ojos refulgentes.

Yo asentí mientras perdía la mirada por la campiña que llevaba siendo mi hogar desde que tenía memoria. Había visto

aquel paisaje muchas veces antes, claro, desde la torre de Arévalo y durante nuestros viajes anuales con doña Clara a la ciudad vecina de Medina del Campo, donde se celebraba la mayor feria de ganado de Castilla. Sin embargo, y por alguna razón que no sabría explicar, aquel día parecía distinto, como cuando de pronto uno se da cuenta de que el tiempo ha transformado un cuadro que lleva viendo todos los días oscureciendo los colores hasta darle otro lustre completamente distinto y resaltando aún más el contraste entre las luces y las sombras.

Mi naturaleza pragmática me aseguraba que me estaba ocurriendo aquello porque estaba viendo las tierras desde un punto más elevado, subida a lomos de Canela en vez de la mula en la que solía ir. Aun así, las lágrimas brotaron de mis ojos y, sin previo aviso, me asaltó la visión de una imponente sala llena de personas con ropajes de seda y terciopelo. La imagen se disipó tan pronto llegó, como un fantasma del pasado y, cuando Alfonso me hizo un gesto con la mano desde donde iba dirigiendo el camino con don Chacón, se me olvidó por completo que estaba encima de un animal completamente desconocido y potencialmente peligroso para mí, y le clavé los talones en las costillas.

Canela brincó hacia adelante y me lanzó contra su cuello arqueado. Yo me agarré de la crin instintivamente y me erguí por encima de la silla tensando las caderas. Canela respondió a aquello con un bufido de satisfacción y aceleró el paso; pasamos galopando junto a Alfonso entre una nube de polvo de color ocre.

—¡Dios mío! —oí decir a Alfonso entrecortadamente cuando lo adelantamos.

Vi por el rabillo del ojo a Beatriz, que me seguía a gran velocidad y gritaba a mi hermano y a un don Chacón estupefacto:

—Años de experiencia, ¿eh?
Solté una carcajada.

Fue maravilloso, exactamente como había imaginado que sería volar: dejar atrás las preocupaciones por las lecciones y los estudios, la fría piedra del castillo y las interminables cestas de ropa para zurcir, las constantes conversaciones y murmullos de preocupación por el dinero y la mala salud de mi madre; sentirme libre y deleitarme con la sensación de aquel caballo que se movía debajo de mí y con el paisaje de Castilla.

Al detenerme en seco sobre una colina desde la que se podían divisar las llanuras, el capuz se me cayó hacia atrás para dejar al descubierto los cabellos rojizos que se me escapaban de las trenzas desechas. Al bajar de Canela le di unas palmaditas en el cuello. El animal me acarició la mano con el hocico antes de ponerse a mascar unos espinos secos que habían crecido entre las rocas. Yo me senté en un montón de piedras cercano para ver llegar a Beatriz por la cresta de la colina. Cuando se detuvo, sofocada por el esfuerzo, observé:

—Teníais razón, después de todo. Sí que necesitábamos el ejercicio.

—¡Ejercicio! —dijo jadeando mientras se bajaba del caballo—. ¿Sois consciente de que hemos dejado a Su Alteza y a Chacón atrás en medio de una nube de polvo?

Yo sonreí.

—Beatriz de Bobadilla, ¿tiene que ser todo una competición para vos?

Con las manos en las caderas dijo:

—Cuando se trata de probar nuestra valía, sí. Si no cuidamos nosotras de nosotras mismas, ¿quién lo hará pues?

—Así que es nuestra fuerza lo queréis probar —dije—. Mmmm... explicadme eso.

Beatriz se dejó caer junto a mí y perdió la vista hacia el sol poniente. En aquella época del año el sol caía lentamente en Castilla, ofreciéndonos la imponente visión de las nubes de color dorado y el cielo de tonos violeta y escarlata. El viento incipiente de la noche se enroscaba en el cabello moreno y enmarañado de Beatriz; su mirada expresiva, que no dudaba en dejar ver cualquiera de sus pensamientos, se tornó nostálgica.

—Quiero probar que somos tan hábiles como cualquier hombre y que, por lo tanto, debemos disfrutar de los mismos privilegios.

Yo fruncí el ceño.

—¿Y por qué íbamos a desear eso?

—Para poder vivir como consideremos adecuado sin tener que pedir perdón por ello, igual que hace Su Alteza.

—Alfonso no vive como considera adecuado. —Me volví a colocar el capuz y a atar los lazos a la almilla—. De hecho, tiene bastante menos libertad de la que creéis. Dejando a un lado lo de hoy, apenas lo veo; siempre está muy ocupado con las clases de manejo de la espada, del arco, con las justas... por no hablar de sus estudios. Es un príncipe y, como tal, tiene exigencias importantes que atender y que lo absorben la mayor parte del tiempo.

Ella puso mala cara.

—Sí, exigencias importantes, no coser, hacer manteca o encorralar al ganado. Si pudiéramos vivir como hombres, podríamos vagar libremente por el mundo y emprender nobles hazañas, como un caballero errante o como la Doncella de Orleans.

Conseguí disimular la emoción espontánea que habían despertado sus palabras en mí. Me había instruido a mí misma en no mostrar mis sentimientos ni emociones desde que Alfonso, mi madre y yo habíamos salido de Valladolid aquella fatídi-

ca noche diez años antes, ya que con el paso del tiempo había llegado a comprender mucho mejor lo que había ocurrido. No estábamos tan aislados en Arévalo. Conseguía enterarme de las noticias que se filtraban ocasionalmente por la meseta desde las residencias reales de Madrid, Segovia y Valladolid; los temas los murmuraban nuestras sirvientas, lo cual hacía fácil que uno se enterara si hacía como que no escuchaba. Supe que con la ascensión de Enrique la corte se había convertido en un lugar peligroso para nosotros, que estaba gobernado por sus favoritos y por su reina avariciosa. Nunca conseguí olvidar aquel miedo palpable que había sentido la noche en que mi padre murió, la larga caminata a caballo por los campos y los bosques oscuros tratando de evitar los caminos principales por si Enrique había enviado a sus guardias para darnos caza. Aquel recuerdo se me había grabado en la memoria; una lección indeleble de que en la vida ocurren cambios estemos preparados o no para ellos, y que tenemos que hacer todo lo posible por adaptarnos a ellos con el mínimo alboroto posible.

—La Doncella de Orleans fue quemada en la hoguera —dije finalmente—. ¿Es ese el final grandioso al que habéis aspirado que lleguemos, amiga mía?

Beatriz suspiró.

—Claro que no, esa es una muerte horrible. Pero me gustaría pensar que, si tuviéramos la oportunidad, podríamos liderar ejércitos en defensa de nuestra patria como hizo ella. Al parecer, estamos condenadas al fracaso antes de haber vivido siquiera. —Abrió los brazos—. ¡Es siempre igual día tras día, semana tras semana, un mes deprimente tras otro! ¿Es así como crecen todas las damas? ¿Tan estúpidas somos que nuestros únicos placeres deben ser los de entretener a nuestros invitados y agradar a nuestros futuros maridos, aprender a sonreír entre plato y plato de las cenas sin expresar jamás una

opinión propia? Pues bien podríamos privarnos de la parte del matrimonio y la de los niños y pasar directamente a la edad anciana y la santidad.

La admiraba. Beatriz siempre hacía preguntas para las que no había una respuesta fácil, en busca de cambiar aquello que había sido predeterminado antes de que nacióramos. Lo que me desconcertó fue que, más tarde, me había encontrado yo misma haciéndome el mismo tipo de preguntas y había sentido el mismo tipo de descontento, aunque nunca había llegado a admitirlo. No me gustaba la impaciencia que me acosaba cada vez que miraba al futuro y veía que, incluso siendo una princesa de Castilla, algún día debería casarme donde me dijeran y llevar el tipo de vida que mi marido estimara oportuno para mí.

—No es tedioso ni degradante casarse y ocuparse del marido y los niños —dije—. Ese ha sido el papel de la mujer desde el principio de los tiempos.

—Lo único que hacéis es recitar de memoria lo que os han contado durante toda vuestra vida —replicó—. «Las mujeres a engendrar y los hombres a mantener a la familia». Lo que yo digo es: ¿por qué? ¿Por qué solo podemos tener un único camino? ¿Quién dijo que la mujer no podía coger la espada y la cruz y marchar hacia Granada para luchar contra los moros? ¿Quién dijo que no podíamos tomar nuestras propias decisiones ni encargarnos de nuestros propios asuntos como lo hace cualquier hombre?

—No es cuestión de quién lo hubiera dicho, simplemente es así.

Puso los ojos en blanco en señal de desaprobación.

—Bueno, la Doncella de Orleans no llegó a casarse. No fregaba, ni cosía ni se dedicaba a hablar de dotes. Se colocó una cota de malla y fue a la guerra por su delfín.

—Que fue quien la traicionó ante los ingleses —le recordé e hice una pausa—. Beatriz, la Doncella de Orleans recibió la llamada de Dios para que realizara su obra en la Tierra. No podéis comparar su destino al nuestro. Era una santa; se sacrificó por su patria.

Beatriz resopló con soberbia, pero supe que había conseguido ganar una batalla de una discusión que nos traíamos desde la niñez. Yo permanecí impasible en apariencia, como hacía siempre que Beatriz pontificaba, pero al imaginarme a mi vivaz amiga ataviada con una armadura herrumbrosa, alentando a una compañía de nobles para luchar por la patria, se me escapó una risilla.

—¡Y ahora os reís de mí! —gritó.

—No, no. —Me contuve el regocijo como pude—. No me reía de vos. Estaba pensando que si la Doncella de Orleans se hubiera cruzado en vuestro camino, os habríais unido a ella sin dudarlo ni un solo instante.

—Pues claro que lo habría hecho. —Se puso de pie de un salto—. Habría tirado mis libros y mis bordados por la ventana y saltado sobre el primer caballo disponible. Qué maravilloso sería hacer lo que uno quisiera, luchar por la patria propia, vivir con el cielo como único techo y la tierra como lecho.

—Exageráis, Beatriz. Las cruzadas implican más penuria de la que la historia nos cuenta.

—Quizás, ¡pero al menos estaríamos haciendo algo!

Me fijé en sus manos, apretadas como si sostuvieran un arma entre ellas.

—Ciertamente podríais blandir una espada con esas grandes manazas que tenéis —dije para provocarla.

Levantó la barbilla mostrando su orgullo.

—Vos sois la princesa, no yo. Vos blandiríais la espada.

Como si el día se hubiera tornado noche sin previo aviso, el frío me invadió y comencé a temblar.

—No creo que yo pudiera dirigir un ejército jamás —dije en voz baja—. Debe de ser horrible ver a vuestros compatriotas cercenados a manos del enemigo y saber que vuestra propia muerte puede llegar en cualquier momento. Tampoco —proseguí levantando la mano para adelantarme a la protesta de Beatriz— creo que debierais exaltar a la Doncella de Orleans como un ejemplo a emular. Luchó por su príncipe para acabar sufriendo una muerte cruel. No le deseo tal destino a nadie. Y, por supuesto, no me lo deseo a mí misma. Por muy aburrido que os pueda parecer, prefiero casarme y criar niños, lo cual es mi deber.

Beatriz me lanzó una mirada penetrante.

—El deber es para el alfeñique. No me digáis que vos no os lo habéis cuestionado nunca. Devorasteis aquel cuento acerca de los reyes de las cruzadas de la biblioteca como si fuera bizcocho.

Forcé la risa.

—Sois realmente incorregible.

En aquel momento, Alfonso y don Chacón llegaron en los caballos, pareciendo más disgustado el gobernador que mi hermano.

—Alteza, mi señora Bobadilla, no deberían haber salido galopando de ese modo. Podrían haber resultado heridas o incluso algo peor. ¿Quién sabe qué o quién podría estar al acecho en estas tierras al anochecer?

Percibí el miedo en su voz. Aunque el rey Enrique había visto oportuno dejarnos vivir en Arévalo aislados de la corte, su sombra nunca se había alejado de nuestras vidas. La amenaza de un rapto era un peligro con el que me había habituado a convivir y, de hecho, a ignorar. Pero Chacón era un leal protec-

tor y afrontaba cualquier posibilidad de amenaza como un asunto muy serio.

—Perdonadme —le dije—. Soy yo la culpable. De repente me ocurrió algo, no sé qué.

—Fuera lo que fuere, estoy impresionado —dijo Alfonso—. ¿Quién podría haber pensado que serías tal amazonas, hermanita?

—¿Yo una amazonas? Te aseguro que no. Solo ponía a prueba las habilidades de Canela. Lo ha hecho bien, ¿no crees? Es mucho más rápido de lo que su tamaño podría dejar intuir.

Alfonso frunció el ceño.

—Sí, lo es. Y sí, lo ha hecho muy bien, claro que sí.

—Bien, deberíamos volver —dijo Chacón—. Casi ha caído la noche. Vamos, iremos por el camino principal. Y nada de salir al galope esta vez, ¿está claro?

De vuelta en nuestros caballos, Beatriz y yo fuimos detrás de mi hermano bajo el crepúsculo del día. Me fijé en que Beatriz optó por no generar ningún problema e ir cabalgando recatadamente a mi lado. Pero al acercarnos a Arévalo bajo las vetas de color coral que teñían el cielo no pude evitar recordar nuestra conversación y preguntarme, por mucho que intentara no hacerlo, cómo sería eso de ser un hombre.



Casa de Trastámara

Enrique II de Castilla
(1333-1379)

Juan I de Castilla
(1358-1390)

Castilla

Aragón

Enrique III de Castilla
(1379-1406)

⊕
Catherine de Lancaster

Juan II de Castilla
(1405-1454)

⊕
1) María de Aragón 2) Isabel de Portugal

Enrique IV de Castilla
(1425-1474)

⊕
1) Blanca de Navarra
2) Juana de Portugal

Juana la Beltraneja
(1462-1530)

Alfonso
(1453-1468)

Fernando I de Aragón
(1379?-1416)

Juan II de Navarra y Aragón
(1397-1479)

⊕
1) Blanca de Navarra
2) Juana Enríquez
Carlos de Viana
(1421-1461)

ISABEL DE CASTILLA
(1451-1504)



FERNANDO DE ARAGÓN
(1452-1516)

Isabel
(1470-1498)

⊕
1) Afonso de Portugal
2) Manuel de Portugal

Juan
(1478-1497)

⊕
Margarita de Austria

Juana
(1479-1555)

⊕
Felipe de Habsburgo

María
(1482-1517)

⊕
Manuel de Portugal

Catalina
(1485-1536)

⊕
1) Arturo de Gales
2) Enrique VIII

PRÓLOGO

1454

NADIE CREYÓ QUE MI DESTINO FUERA LA GRANDEZA. Vine al mundo en el municipio castellano de Madrigal de las Altas Torres como primogénita del segundo matrimonio de mi padre, Juan II, con Isabel de Portugal, por quien me pusieron este nombre. Una infanta saludable e inusualmente tranquila cuya llegada fue anunciada con campanas y someras felicitaciones, pero no a bombo y platillo. Mi padre ya había engendrado a un heredero en su primer matrimonio, mi hermanastro Enrique y, cuando mi madre dio a luz a mi hermano Alfonso dos años después de mi nacimiento, reforzando así la casa de los Trastámara, todos creyeron que me relegarían al claustro y a la rueca, como ventajoso peón de matrimonio para Castilla.

Como ocurre habitualmente, Dios tiene un plan distinto. Todavía recuerdo bien el momento en que todo cambió.

Aún no tenía cumplidos los cuatro años. Mi padre llevaba semanas enfermo con una fortísima fiebre, encerrado tras las puertas de sus dependencias en el alcázar de Valladolid. Yo no conocía muy a fondo a aquel rey de cuarenta y ocho años al que habían apodado el Inútil por la forma en que reinaba. Has-



ta hoy, lo único que recuerdo es a un hombre alto y enjuto de ojos tristes y sonrisa difusa, que una vez me mandó llevar a sus aposentos y me regaló un peine de joyas esmaltado de estilo árabe. Un hombre bajito y con la tez morena permaneció detrás del trono de mi padre todo el tiempo que yo estuve allí, con su mano de dedos rechonchos reposada sobre la espalda de mi padre, denotando posesión mientras me observaba con entusiasmo.

Varios meses después de aquel encuentro oí por casualidad a las mujeres de la casa murmurar sobre que habían decapitado al señorito y que aquel hecho había sumido a mi padre en un profundo dolor.

—Lo mató esa loba portuguesa —decían las mujeres—. La loba portuguesa hizo matar al condestable Luna porque era el favorito del rey —y luego una de ellas dijo susurrando—:

—*Shh*. ¡La niña nos está oyendo!

Se quedaron quietas todas al instante, como si fueran figuras tejidas en un tapiz, al verme sentada en la alcoba justo al lado de ellas, yo que era toda oídos con una curiosidad pasmosa.

Solo unos días después de oír a las mujeres me despertaron bruscamente en mitad de la noche, me envolvieron en una capa y me condujeron a toda prisa por los pasillos del alcázar hasta las dependencias reales, y fue esa la única vez que me dejaron entrar en una sala sofocante con braseros humeantes y el sonido atenuado de los salmos con los que los monjes inundaban la estancia entre espirales de humo. Había lámparas de cobre que oscilaban pendientes de cadenas doradas sobre nuestras cabezas y el resplandor titilante y aceitoso recorría los rostros apenados de los grandes nobles de España, que vestían sus galas más apagadas y tristes.

En la gran cama que había delante de mí, las cortinas estaban descorridas.

Me detuve en el umbral e instintivamente busqué con la mirada al señorito, aun sabiendo que estaba muerto. Después descubrí al halcón peregrino favorito de mi padre posado en la hornacina, encadenado a su poste plateado. Detuvo sus pupilas dilatadas en mí, opacas y encendidas por las llamas.

Me quedé paralizada; presentí que allí había algo horrible que no quería ver.

—Mi niña, id —dijo mi aya doña Clara con insistencia—. Su Majestad, su padre, pregunta por usted.

Yo no quería avanzar y me volví y me agarré a su falda y escondí la cara entre los dobleces polvorientos. Oí unos pasos fuertes que se acercaban a mí desde atrás y una voz grave dijo:

—¿Es esta nuestra pequeña infanta Isabel? Venid, niña, dejad que os vea.

Había algo en aquella voz que me atrapó y me hizo levantar la mirada.

Un hombre se erguía sobre mí, alto, fornido, vestido con el mismo atuendo sombrío de los nobles. Tenía la cara regordeta con barba de chivo y la mirada penetrante tras unos ojos brillantes de color marrón. No era apuesto —parecía un gatito mimado de palacio—, pero la suave elevación de la comisura de su boca sonrosada me embelesó, ya que parecía que solo me sonreía a mí con un interés inquebrantable que me hacía sentir como si yo fuera la única persona del mundo a quien le interesaba ver.

Alargó la mano y me la ofreció con una delicadeza poco propia para un hombre de su tamaño.

—Soy el arzobispo Carrillo de Toledo —dijo—. Venid conmigo, Alteza, no debéis tener miedo.

Le cogí la mano tímidamente; tenía los dedos fuertes y cálidos. Me sentí segura cuando cerró la mano guardando la mía en el interior y me condujo dejando atrás a los monjes y los

cortesanos ataviados con ropas oscuras, mientras me miraban aquellos ojos anónimos que parecían centellear con el mismo desinterés que los del halcón de la hornacina.

El arzobispo me instó a colocarme en un escabel que había dispuesto junto a la cama para que pudiera estar cerca de mi padre. Pude oír el sonido de la respiración de mi padre produciendo un ruido áspero en los pulmones. Estaba en los huesos y la piel que los cubría mostraba una especie de tono céreo. Tenía los ojos cerrados y las manos de delgados dedos cruzadas sobre el pecho, como si fuera una de las efigies de las tumbas de decoración intrincada que atestaban nuestras catedrales.

Debí de haber emitido una especie de sonido de consternación, ya que Carrillo me dijo al oído:

—Debéis besarlo, Isabel. Dadle la bendición a vuestro padre para que pueda abandonar en paz este valle de lágrimas.

Aunque era lo último que me apetecía hacer, aguanté la respiración, me incliné hacia adelante y di un beso apresurado a mi padre en la mejilla. Sentí el frío de la fiebre en su piel. Retrocedí y dirigí la mirada al otro lado de la cama.

Allí vi una silueta. Por un momento que desencadenó mi horror pensé que era el espíritu del condestable fallecido, del cual las mujeres decían que rondaba el castillo sediento de venganza. Pero, entonces, un titileo furtivo escapó de una de las lámparas y cruzó la cara de aquella figura, y fue entonces cuando reconocí a mi hermanastro mayor, el príncipe Enrique. La mera visión de él me sobresaltó; solía mantenerse alejado de la corte por preferir su querida casa real de Segovia, donde se decía que tenía a un infiel como vigilante y una colección de animales salvajes y bestias a los que él mismo alimentaba con sus manos. No obstante, allí estaba, junto al lecho de muerte de nuestro padre, envuelto en una capa negra y con un turbante de color escarlata sobre la cabeza para ocultar la pelambreira

enmarañada, pero que en realidad resaltaba su inusual nariz plana y sus ojos juntos y pequeños, todo lo cual le daba la apariencia descuidada de un león.

La sonrisa de complicidad que me dedicó hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

El arzobispo me cogió en brazos y me sacó de la sala como si ya no hubiera nada relevante esperándonos allí. Por encima de aquel hombro grueso pude ver a los cortesanos y a los nobles congregarse en torno a la cama. Los cantos de los monjes iban incrementando su potencia y entonces vi a Enrique inclinarse con resolución, incluso podría decirse que con cierta impaciencia y ansiedad, sobre el rey moribundo.

En aquel preciso instante, nuestro padre Juan II, exhaló su último aliento.

No regresamos a nuestras dependencias. Agarrada fuerte contra el pecho del arzobispo y aturdida, vi cómo le hacía un gesto brusco a mi aya, que esperaba fuera de los aposentos, y nos bajó por la escalera trasera de caracol hasta la torre del homenaje. La luna anodina apenas rasgaba la veladura de nubes y niebla.

Cuando estuvimos lejos de la sombra protectora del castillo, el arzobispo dirigió la mirada hacia atrás por la puerta poterna que parecía en aquel momento una figura oscura más que se insertaba en la lejana pared del cerramiento.

—¿Dónde están? —dijo él sin poder ocultar el tono de tensión de su voz.

—No... no lo sé —contestó doña Clara con voz trémula—. Yo mandé decir lo que me pidió, que Su Majestad se encontrara aquí mismo con nosotros. Espero que no haya pasado nada que...

El arzobispo levantó la mano.

—Creo que ya los veo.

Dio un paso adelante; noté cómo todo su cuerpo se tensaba a medida que se hacía más audible el sonido de los zapatitos en los guijarros. Exhaló súbitamente cuando vio a las figuras que se acercaban a nosotros dirigidas por mi madre. Estaba pálida, llevaba el capuz de la capa caído sobre los hombros y algunos de sus cabellos rojizos mojados por el sudor se hacían visibles al escapárseles por debajo de la cofia. Tras ella iban sus damas portuguesas sobrecogidas y don Gonzalo Chacón, el tutor de mi hermanito de un año, al que él mismo acunaba entre sus fornidos brazos. Yo me preguntaba qué estaríamos haciendo allí en medio de la noche, con el frío que hacía y siendo mi hermano tan pequeño.

—¿Está...? —dijo mi madre casi sin aliento.

Carrillo asintió. Mi madre no pudo contenerse más y los sollozos le quebraron la voz mientras me miraba con sus ojos de color azul verdoso, en aquel momento llenos de expectación, estando yo aún entre los brazos del arzobispo. Abrió las manos.

—Isabel, hija mía.

Carrillo me soltó en el suelo aunque, inesperadamente, yo no quería librarme de su agarre. Aun así, me incliné hacia delante y la enorme capa me cubrió como si yo fuera un capullo deformado. Le hice la reverencia que me habían enseñado para cada vez que estuviera delante de mi hermosa madre, como siempre había hecho en las escasas ocasiones en que me habían llevado ante ella en la corte. Echó hacia atrás mi capuz para cruzar su mirada verdosa con la mía. Todos decían que tenía los ojos de mi madre, solo que de un tono más oscuro.

—Mi niña —susurró y percibí cierta desesperación en su tono—. Mi hija más amada, lo único que tenemos es la una a la otra.

—Majestad, debéis concentraros en lo que realmente importa ahora mismo —oí decir a Carrillo—. Debemos poner a

vuestros hijos a salvo. Con el fallecimiento de vuestro esposo, el rey, ellos son...

—Sé lo que son mis hijos —le interrumpió mi madre—. Lo que quiero que me digáis es de cuánto tiempo disponemos, Carrillo. ¿De cuánto tiempo disponemos antes de tener que abandonar todo lo que conocemos para perdernos en un refugio olvidado en medio de la nada?

—Unas horas como mucho. —Fue la respuesta determinante del arzobispo—. Aún no han repicado las campanas porque anunciar esto lleva su tiempo. —Hizo una pausa—. Pero llegarán pronto, como mucho por la mañana. Debéis depositar toda vuestra confianza en mí. Os prometo que me ocuparé de que nada os pase a vos ni a los infantes.

Mi madre se volvió hacia él y lo miró fijamente, tapándose la boca con la mano como para contener la risa.

—¿Cómo pensáis hacerlo? Enrique de Trastámara está a punto de convertirse en rey. Si mis sentidos no me fallan ni me han fallado en todos estos años, será tan fácil de persuadir por sus favoritos como lo fue Juan. ¿Qué seguridad podríais vos proporcionarnos buscando refugio en un convento a una cofradía de sus guardias y a nosotros? Claro que sí, ¿por qué no? Un cenobio es por descontado un lugar mucho más apropiado para una viuda extranjera y odiada y para su prole.

—Los niños no pueden crecer en un convento —dijo Carrillo—. Y tampoco se los debe separar de su madre siendo tan pequeños. Vuestro hijo, Alfonso, es ahora por ley el heredero de Enrique hasta que su esposa le dé un hijo. Os aseguro que el Consejo no va a aprobar la impugnación de los derechos de los infantes. De hecho, han acordado que podáis criar al príncipe y a su hermana en el castillo de Arévalo en Ávila, que os será entregado como parte de la dote por viudedad.

Se hizo el silencio. Yo estaba muy quieta observando la mirada vidriosa de mi madre mientras repetía «Arévalo», como si no lo hubiera oído bien.

Carrillo prosiguió:

—El testamento de Su Majestad deja una abundante provisión para los infantes, incluyendo la concesión de distintas ciudades al llegar a su decimotercero año de edad. Os prometo que no os faltará de nada.

Mi madre agudizó la mirada.

—Juan apenas veía a nuestros hijos. Nunca se preocupó por ellos. Nunca se preocupó por nadie excepto por aquel terrible hombre, el condestable Luna. ¿Y ahora me decís que les ha dejado suficientes provisiones? ¿Cómo lo sabéis?

—Yo fui su confesor, ¿recordáis? Hizo caso de mi consejo porque temía arder en el Infierno eterno si no lo hacía. —La repentina intensidad con la que habló Carrillo en aquel momento me hizo dirigir de nuevo la mirada hacia él—. Pero no puedo protegeros si no depositáis vuestra confianza en mí. En Castilla, es costumbre que una reina viuda se retire de la corte, pero normalmente no puede quedarse con sus hijos, especialmente si el nuevo rey no posee un heredero. Por eso debéis marchar esta misma noche. Llevad únicamente a los infantes y lo que podáis cargar. Yo enviaré el resto de vuestras posesiones lo antes posible. Una vez estéis en Arévalo y el testamento del rey se haga público, nadie se atreverá a tocaros, ni siquiera Enrique.

—Entiendo, pero vos y yo nunca compartimos una amistad, Carrillo. ¿Por qué corréis este riesgo por mí?

—Digamos que os ofrezco un favor —dijo—, a cambio de otro.

En aquella ocasión mi madre no pudo contenerse la risa.

—¿Qué favor puedo hacer os yo a vos, el prelado más poderoso de Castilla? Solo soy una viuda con dote, dos niños pequeños y un personal al que mantener.

—Ya lo sabréis cuando llegue el momento. Tened por seguro que no os supondrá ninguna inconveniencia.

Con tales palabras Carrillo se volvió para dar instrucciones a los sirvientes, que habían oído toda la conversación y estaban paralizados y consternados; el terror se había apoderado de sus miradas.

Alargué la mano lentamente para agarrar la de mi madre. Nunca me había atrevido a tocarla sin el previo permiso para hacerlo. Para mí, siempre había sido una figura hermosa —aunque distante— cubierta de ropajes relucientes y destellantes, de la que siempre se escapaba alguna risa entre los labios y que constantemente estaba rodeada de admiradores que la adulaban: una madre a la que amar desde la distancia. En aquel momento, daba la impresión de haber recorrido kilómetros en medio de un paisaje rocoso por el aspecto tan agónico que presentaba y que me hizo desear ser mayor, más grande, para poder, de algún modo, ser lo suficientemente fuerte como para protegerla del cruel destino que le había arrebatado a mi padre de su lado.

—Madre, no es culpa vuestra —dije yo—. Papá se ha ido al Cielo; por eso nos tenemos que ir.

Ella asintió mientras las lágrimas le bañaban los ojos, que vagaban perdidos en algún punto distante.

—Y nos vamos a Ávila —añadí—. No está lejos, ¿verdad, madre?

—No —dijo ella con templanza—, no está lejos, hija mía; en absoluto lo está...

Pero supe que, para ella, estaba a una eternidad de allí.

CAPÍTULO UNO

A GARRA LAS RIENDAS CON FIRMEZA, ISABEL. NO dejes que perciba el miedo. Si lo hace, creerá que es él quien tiene el control e intentará dejarte caer.

Montada a lomos de aquel elegante semental negro, asentí agarrando las riendas con fuerza. Sentía la piel tirante bajo las puntas de los dedos de mis guantes, desgastados por el tiempo. Ya era tarde cuando retomé la idea de haber aceptado que el padre de Beatriz, don Pedro de Bobadilla, me comprara los guantes nuevos que me ofreció por mi decimotercero cumpleaños. Pero en lugar de eso, el orgullo —un pecado contra el que intentaba luchar, casi siempre sin éxito alguno— me había llevado a no dejar ver nuestra penuria aceptando aquel regalo, aunque vivía con nosotros y seguramente sabría bastante bien cuán empobrecidos estábamos; había sido el mismo orgullo que me había llevado a no poder rechazar el reto que mi hermano me había lanzado de aprender a montar un caballo de verdad.

Así que allí estaba yo, con unos guantes de piel raídos y viejos que parecían seda bajo mis dedos a modo de protección,



a lomos de aquel espléndido animal. Aunque no era un caballo muy grande, no dejaba de imponer miedo; la criatura se movía y pateaba el suelo como si estuviera a punto de desbocarse en cualquier momento, sin parecer que le importara que yo siguiera encima o no.

Alfonso negó con la cabeza, se bajó de su roano y me separó más los dedos para poder pasar las riendas entre ellos.

—Así —dijo Alfonso—. Firme, pero no tanto como para hacerle daño en la boca. Y recuerda sentarte derecha cuando vayas cabalgando e inclinarte hacia delante cuando galopes. Canela no es uno de esos estúpidos caballos que montáis tú y Beatriz. Es un purasangre árabe digno de un califa; necesita saber que su jinete tiene el control todo el tiempo.

Endurecí la columna y acomodé las nalgas en la silla de montar repujada. Me sentía ligera como un cardo. Aunque ya estaba en la edad en que la mayoría de las jovencitas empiezan a desarrollarse, yo seguía plana y flaca, tanto que mi amiga y dama de compañía Beatriz, la hija de don Bobadilla, no paraba de intentar que comiera más. En aquel momento me miraba con preocupación. Su figura, significativamente más curvada que la mía, estaba colocada tan recta sobre su caballo castrado moteado que parecía que llevaba montada en él toda su vida; llevaba el cabello moreno peinado en un moño que resaltaba sus facciones aquilinas, con una cinta alrededor y un velo.

Le dijo a Alfonso:

—Supongo, Alteza, que habéis domeñado convenientemente a este purasangre principesco. No queríamos tener que lamentar que algo le ocurriera a vuestra hermana.

—Claro que está domeñado. Don Chacón y yo mismo lo domamos. No le pasará nada a Isabel, ¿verdad, hermana?

Incluso habiendo asentido, me asaltó la duda con sobrecogimiento. ¿Cómo iba a conseguir hacerle ver a esa bestia que

era yo la que tenía el control? Como si pudiera percibir mis pensamientos, Canela empezó a brincar hacia los lados. Solté un grito ahogado mientras tiraba con fuerza de las riendas. Se detuvo en seco con un bufido, las orejas hacia atrás y claramente contrariada por la tensión que había ejercido yo al tirarle del bocado.

Alfonso me guiñó un ojo.

—¿Lo veis? Sabe cómo manejarla —dijo mirando a Beatriz—. ¿Necesitáis un poco de ayuda, mi señora? —preguntó con un cierto tono jocosos que dejaba ver los años de discusiones que tenía a la espalda con la obstinada hija única del guardián de nuestro castillo.

—Me las puedo apañar sola, gracias —dijo Beatriz de manera cortante—. De hecho, Su Alteza y yo estaremos bien en cuanto nos acostumbremos a este corcel moro suyo. No olvidemos que ya hemos montado antes, incluso aunque nuestras montas no fueran más que, como vos decís, estúpidas mulas.

Alfonso se rio entre dientes mientras hacía girar a su caballo con una facilidad magistral para sus escasos diez años. Le brillaban los ojos azules, y el pelo rubio y grueso que llevaba cortado recto por los hombros le realzaba el rostro apuesto y regordete.

—Y no olvidéis vos —dijo— que yo llevo montando desde que tenía cinco años. Es la experiencia lo que hace a un buen jinete.

—Eso es cierto —murmuró el tutor de Alfonso, don Chacón, desde su enorme caballo—. El infante Alfonso es un ecuestre consumado. Montar es ya como un acto reflejo para él.

—No lo dudamos —agregué antes de que Beatriz tuviera ocasión de responder y forcé una sonrisa—. Creo que ya estamos listos, hermano. Pero, por favor, no vayas muy rápido.

Alfonso dirigió a su caballo hacia adelante, guiando a los demás hasta el exterior del patio interior de Arévalo para pasar por debajo del rastrillo y de las puertas principales.

Yo, por mi parte, le dirigí una mirada de reproche a Beatriz.

Claro que, ¿qué otra cosa podría hacer? Aburrida de nuestra rutina diaria de lecciones, rezos y costura, aquella misma mañana había dicho que o bien hacíamos algo de ejercicio o nos convertiríamos en unas viejas brujas antes de tiempo. Nos habían tenido encerradas demasiado tiempo, había dicho, lo cual era una gran verdad, ya que el invierno había sido más duro de lo habitual. Y, cuando le pidió permiso a nuestra tutora doña Clara, mi aya había accedido porque pensaba que montar quería decir en nuestro caso coger las mulas viejas del castillo y salir de excursión alrededor del muro de cerramiento que lo rodeada y por el municipio que había junto a él durante más o menos una hora antes de prepararnos para la cena.

Pero cuando me vestí con las ropas de montar y me dirigí con Beatriz hasta el patio, encontré allí a Alfonso y a don Chacón con dos sementales imponentes, un regalo de nuestro hermanastro, el rey Enrique. El caballo negro era para mí, había dicho Alfonso. Se llamaba Canela.

Había contenido la gran inquietud mientras me subía al animal con la ayuda de un escabel. Me preocupé mucho más cuando me enteré de que esperaban que montara a horcajadas, a la jineta, como lo hacían los moros, encaramada a la estrecha silla de piel con los estribos hacia arriba, lo cual era una sensación bastante poco familiar e inquietante para mí.

—Extraño nombre para un caballo —había remarcado yo para ocultar mi aprensión—. La canela es de color claro; sin embargo, esta criatura es negra como la noche.

Canela sacudió la crin y giró su cabeza de exquisita forma para pegarme un mordisco en la pierna. No creí en aquel momento que aquello hubiera sido un muy buen augurio para la tarde que teníamos por delante.

—Beatriz —le dije entre dientes mientras salíamos hacia la llanura—, ¿por qué no me lo dijiste? Sabes que no me gustan las sorpresas.

—Por eso exactamente —me respondió en el mismo tono—. Si os lo hubiera dicho, no habríais venido. Habríais dicho que teníamos que leer o coser o recitar novenas. Decid lo que queráis, pero de vez en cuando tenemos que divertirnos.

—No veo cómo puede considerarse divertido que te tiren de un caballo.

—Bah, pensad en él como un perro más crecido de la cuenta. Es grande, sí, pero inofensivo.

—Y decidme, ¿cómo lo sabéis?

—Porque de otro modo Alfonso nunca os dejaría montar a Canela —dijo Beatriz con un tono malhumorado que revelaba la inmutable confianza en sí misma que había hecho de ella mi mejor amiga y confidente aunque, a menudo, me encontrara entre el entretenimiento y el desasosiego al confrontar su carácter irreverente.

Nos llevábamos tres años y teníamos temperamentos opuestos. Beatriz actuaba como si el reino que nos esperaba tras las puertas fuera un enorme lugar inexplorado repleto de posibles aventuras. Doña Clara decía que su actitud temeraria se debía a la muerte de su madre poco después de darla a luz a ella. Su padre la había criado él solo en Arévalo, sin supervisión femenina. Ella morena y yo rubia, ella voluptuosa y yo angulosa; Beatriz era también rebelde, impredecible y demasiado directa para su propio bien. Desafiaba incluso a las monjas del convento de las Angustias, donde íbamos a recibir nuestras lecciones, distrayen-

do continuamente a la pobre sor María con sus interminables preguntas. Era una amiga leal y divertida al mismo tiempo, siempre dispuesta a encontrar regocijo donde otros no podrían. Sin embargo, no dejaba de ser una preocupación constante para sus mayores y para doña Clara, que había intentado en vano enseñar a Beatriz que las buenas maneras de una señorita no la llevaban a guiarse por el impulso siempre que este la asaltara.

—Deberíamos haberle dicho la verdad a doña Clara —dije yo mirándome las manos. Otra vez estaba apretando las riendas y me concentré en aflojar el agarre—. No creo que considere nuestra andanza a caballo muy apropiada.

Beatriz señaló con la cabeza hacia adelante.

—¿A quién le importa lo apropiado? ¡Mirad a vuestro alrededor!

Hice lo que me dijo pero a regañadientes.

El sol ya bajaba por el horizonte y emitía un resplandor azafrán vibrante sobre el cielo de color hueso descolorido. A nuestra izquierda, Arévalo se erigía sobre un colina baja como un ciudadela de color pardo con sus seis torres y su torre del homenaje almenada, colindante con la ciudad mercantil provinciana de igual nombre. A nuestra derecha, el camino principal que llevaba a Madrid; y alrededor de nosotros se extendía la gran explanada que era Castilla tan lejos como me alcanzaba la vista, como una tierra infinita salpicada de campos de cebada y trigo, huertos de verduras y arboledas de pinos que se mecían con el viento. El aire, en calma, se antojaba embriagador por la fragancia de la resina y el olor a nieve derretida que yo siempre asociaba con la llegada de la primavera.

—¿No es espectacular? —dijo Beatriz respirando profundamente y con los ojos refulgentes.

Yo asentí mientras perdía la mirada por la campiña que llevaba siendo mi hogar desde que tenía memoria. Había visto

aquel paisaje muchas veces antes, claro, desde la torre de Arévalo y durante nuestros viajes anuales con doña Clara a la ciudad vecina de Medina del Campo, donde se celebraba la mayor feria de ganado de Castilla. Sin embargo, y por alguna razón que no sabría explicar, aquel día parecía distinto, como cuando de pronto uno se da cuenta de que el tiempo ha transformado un cuadro que lleva viendo todos los días oscureciendo los colores hasta darle otro lustre completamente distinto y resaltando aún más el contraste entre las luces y las sombras.

Mi naturaleza pragmática me aseguraba que me estaba ocurriendo aquello porque estaba viendo las tierras desde un punto más elevado, subida a lomos de Canela en vez de la mula en la que solía ir. Aun así, las lágrimas brotaron de mis ojos y, sin previo aviso, me asaltó la visión de una imponente sala llena de personas con ropajes de seda y terciopelo. La imagen se disipó tan pronto llegó, como un fantasma del pasado y, cuando Alfonso me hizo un gesto con la mano desde donde iba dirigiendo el camino con don Chacón, se me olvidó por completo que estaba encima de un animal completamente desconocido y potencialmente peligroso para mí, y le clavé los talones en las costillas.

Canela brincó hacia adelante y me lanzó contra su cuello arqueado. Yo me agarré de la crin instintivamente y me erguí por encima de la silla tensando las caderas. Canela respondió a aquello con un bufido de satisfacción y aceleró el paso; pasamos galopando junto a Alfonso entre una nube de polvo de color ocre.

—¡Dios mío! —oí decir a Alfonso entrecortadamente cuando lo adelantamos.

Vi por el rabillo del ojo a Beatriz, que me seguía a gran velocidad y gritaba a mi hermano y a un don Chacón estupefacto:

—Años de experiencia, ¿eh?
Solté una carcajada.

Fue maravilloso, exactamente como había imaginado que sería volar: dejar atrás las preocupaciones por las lecciones y los estudios, la fría piedra del castillo y las interminables cestas de ropa para zurcir, las constantes conversaciones y murmullos de preocupación por el dinero y la mala salud de mi madre; sentirme libre y deleitarme con la sensación de aquel caballo que se movía debajo de mí y con el paisaje de Castilla.

Al detenerme en seco sobre una colina desde la que se podían divisar las llanuras, el capuz se me cayó hacia atrás para dejar al descubierto los cabellos rojizos que se me escapaban de las trenzas desechas. Al bajar de Canela le di unas palmaditas en el cuello. El animal me acarició la mano con el hocico antes de ponerse a mascar unos espinos secos que habían crecido entre las rocas. Yo me senté en un montón de piedras cercano para ver llegar a Beatriz por la cresta de la colina. Cuando se detuvo, sofocada por el esfuerzo, observé:

—Teníais razón, después de todo. Sí que necesitábamos el ejercicio.

—¡Ejercicio! —dijo jadeando mientras se bajaba del caballo—. ¿Sois consciente de que hemos dejado a Su Alteza y a Chacón atrás en medio de una nube de polvo?

Yo sonreí.

—Beatriz de Bobadilla, ¿tiene que ser todo una competición para vos?

Con las manos en las caderas dijo:

—Cuando se trata de probar nuestra valía, sí. Si no cuidamos nosotras de nosotras mismas, ¿quién lo hará pues?

—Así que es nuestra fuerza lo queréis probar —dije—. Mmmm... explicadme eso.

Beatriz se dejó caer junto a mí y perdió la vista hacia el sol poniente. En aquella época del año el sol caía lentamente en Castilla, ofreciéndonos la imponente visión de las nubes de color dorado y el cielo de tonos violeta y escarlata. El viento incipiente de la noche se enroscaba en el cabello moreno y enmarañado de Beatriz; su mirada expresiva, que no dudaba en dejar ver cualquiera de sus pensamientos, se tornó nostálgica.

—Quiero probar que somos tan hábiles como cualquier hombre y que, por lo tanto, debemos disfrutar de los mismos privilegios.

Yo fruncí el ceño.

—¿Y por qué íbamos a desear eso?

—Para poder vivir como consideremos adecuado sin tener que pedir perdón por ello, igual que hace Su Alteza.

—Alfonso no vive como considera adecuado. —Me volví a colocar el capuz y a atar los lazos a la almilla—. De hecho, tiene bastante menos libertad de la que creéis. Dejando a un lado lo de hoy, apenas lo veo; siempre está muy ocupado con las clases de manejo de la espada, del arco, con las justas... por no hablar de sus estudios. Es un príncipe y, como tal, tiene exigencias importantes que atender y que lo absorben la mayor parte del tiempo.

Ella puso mala cara.

—Sí, exigencias importantes, no coser, hacer manteca o encorralar al ganado. Si pudiéramos vivir como hombres, podríamos vagar libremente por el mundo y emprender nobles hazañas, como un caballero errante o como la Doncella de Orleans.

Conseguí disimular la emoción espontánea que habían despertado sus palabras en mí. Me había instruido a mí misma en no mostrar mis sentimientos ni emociones desde que Alfonso, mi madre y yo habíamos salido de Valladolid aquella fatídi-

ca noche diez años antes, ya que con el paso del tiempo había llegado a comprender mucho mejor lo que había ocurrido. No estábamos tan aislados en Arévalo. Conseguía enterarme de las noticias que se filtraban ocasionalmente por la meseta desde las residencias reales de Madrid, Segovia y Valladolid; los temas los murmuraban nuestras sirvientas, lo cual hacía fácil que uno se enterara si hacía como que no escuchaba. Supe que con la ascensión de Enrique la corte se había convertido en un lugar peligroso para nosotros, que estaba gobernado por sus favoritos y por su reina avariciosa. Nunca conseguí olvidar aquel miedo palpable que había sentido la noche en que mi padre murió, la larga caminata a caballo por los campos y los bosques oscuros tratando de evitar los caminos principales por si Enrique había enviado a sus guardias para darnos caza. Aquel recuerdo se me había grabado en la memoria; una lección indeleble de que en la vida ocurren cambios estemos preparados o no para ellos, y que tenemos que hacer todo lo posible por adaptarnos a ellos con el mínimo alboroto posible.

—La Doncella de Orleans fue quemada en la hoguera —dije finalmente—. ¿Es ese el final grandioso al que habéis aspirado que lleguemos, amiga mía?

Beatriz suspiró.

—Claro que no, esa es una muerte horrible. Pero me gustaría pensar que, si tuviéramos la oportunidad, podríamos liderar ejércitos en defensa de nuestra patria como hizo ella. Al parecer, estamos condenadas al fracaso antes de haber vivido siquiera. —Abrió los brazos—. ¡Es siempre igual día tras día, semana tras semana, un mes deprimente tras otro! ¿Es así como crecen todas las damas? ¿Tan estúpidas somos que nuestros únicos placeres deben ser los de entretener a nuestros invitados y agradar a nuestros futuros maridos, aprender a sonreír entre plato y plato de las cenas sin expresar jamás una

opinión propia? Pues bien podríamos privarnos de la parte del matrimonio y la de los niños y pasar directamente a la edad anciana y la santidad.

La admiraba. Beatriz siempre hacía preguntas para las que no había una respuesta fácil, en busca de cambiar aquello que había sido predeterminado antes de que nacióramos. Lo que me desconcertó fue que, más tarde, me había encontrado yo misma haciéndome el mismo tipo de preguntas y había sentido el mismo tipo de descontento, aunque nunca había llegado a admitirlo. No me gustaba la impaciencia que me acosaba cada vez que miraba al futuro y veía que, incluso siendo una princesa de Castilla, algún día debería casarme donde me dijeran y llevar el tipo de vida que mi marido estimara oportuno para mí.

—No es tedioso ni degradante casarse y ocuparse del marido y los niños —dije—. Ese ha sido el papel de la mujer desde el principio de los tiempos.

—Lo único que hacéis es recitar de memoria lo que os han contado durante toda vuestra vida —replicó—. «Las mujeres a engendrar y los hombres a mantener a la familia». Lo que yo digo es: ¿por qué? ¿Por qué solo podemos tener un único camino? ¿Quién dijo que la mujer no podía coger la espada y la cruz y marchar hacia Granada para luchar contra los moros? ¿Quién dijo que no podíamos tomar nuestras propias decisiones ni encargarnos de nuestros propios asuntos como lo hace cualquier hombre?

—No es cuestión de quién lo hubiera dicho, simplemente es así.

Puso los ojos en blanco en señal de desaprobación.

—Bueno, la Doncella de Orleans no llegó a casarse. No fregaba, ni cosía ni se dedicaba a hablar de dotes. Se colocó una cota de malla y fue a la guerra por su delfín.

—Que fue quien la traicionó ante los ingleses —le recordé e hice una pausa—. Beatriz, la Doncella de Orleans recibió la llamada de Dios para que realizara su obra en la Tierra. No podéis comparar su destino al nuestro. Era una santa; se sacrificó por su patria.

Beatriz resopló con soberbia, pero supe que había conseguido ganar una batalla de una discusión que nos traíamos desde la niñez. Yo permanecí impasible en apariencia, como hacía siempre que Beatriz pontificaba, pero al imaginarme a mi vivaz amiga ataviada con una armadura herrumbrosa, alentando a una compañía de nobles para luchar por la patria, se me escapó una risilla.

—¡Y ahora os reís de mí! —gritó.

—No, no. —Me contuve el regocijo como pude—. No me reía de vos. Estaba pensando que si la Doncella de Orleans se hubiera cruzado en vuestro camino, os habríais unido a ella sin dudarlo ni un solo instante.

—Pues claro que lo habría hecho. —Se puso de pie de un salto—. Habría tirado mis libros y mis bordados por la ventana y saltado sobre el primer caballo disponible. Qué maravilloso sería hacer lo que uno quisiera, luchar por la patria propia, vivir con el cielo como único techo y la tierra como lecho.

—Exageráis, Beatriz. Las cruzadas implican más penuria de la que la historia nos cuenta.

—Quizás, ¡pero al menos estaríamos haciendo algo!

Me fijé en sus manos, apretadas como si sostuvieran un arma entre ellas.

—Ciertamente podríais blandir una espada con esas grandes manazas que tenéis —dije para provocarla.

Levantó la barbilla mostrando su orgullo.

—Vos sois la princesa, no yo. Vos blandiríais la espada.

Como si el día se hubiera tornado noche sin previo aviso, el frío me invadió y comencé a temblar.

—No creo que yo pudiera dirigir un ejército jamás —dije en voz baja—. Debe de ser horrible ver a vuestros compatriotas cercenados a manos del enemigo y saber que vuestra propia muerte puede llegar en cualquier momento. Tampoco —proseguí levantando la mano para adelantarme a la protesta de Beatriz— creo que debierais exaltar a la Doncella de Orleans como un ejemplo a emular. Luchó por su príncipe para acabar sufriendo una muerte cruel. No le deseo tal destino a nadie. Y, por supuesto, no me lo deseo a mí misma. Por muy aburrido que os pueda parecer, prefiero casarme y criar niños, lo cual es mi deber.

Beatriz me lanzó una mirada penetrante.

—El deber es para el alfeñique. No me digáis que vos no os lo habéis cuestionado nunca. Devorasteis aquel cuento acerca de los reyes de las cruzadas de la biblioteca como si fuera bizcocho.

Forcé la risa.

—Sois realmente incorregible.

En aquel momento, Alfonso y don Chacón llegaron en los caballos, pareciendo más disgustado el gobernador que mi hermano.

—Alteza, mi señora Bobadilla, no deberían haber salido galopando de ese modo. Podrían haber resultado heridas o incluso algo peor. ¿Quién sabe qué o quién podría estar al acecho en estas tierras al anochecer?

Percibí el miedo en su voz. Aunque el rey Enrique había visto oportuno dejarnos vivir en Arévalo aislados de la corte, su sombra nunca se había alejado de nuestras vidas. La amenaza de un rapto era un peligro con el que me había habituado a convivir y, de hecho, a ignorar. Pero Chacón era un leal protec-

tor y afrontaba cualquier posibilidad de amenaza como un asunto muy serio.

—Perdonadme —le dije—. Soy yo la culpable. De repente me ocurrió algo, no sé qué.

—Fuera lo que fuere, estoy impresionado —dijo Alfonso—. ¿Quién podría haber pensado que serías tal amazonas, hermanita?

—¿Yo una amazonas? Te aseguro que no. Solo ponía a prueba las habilidades de Canela. Lo ha hecho bien, ¿no crees? Es mucho más rápido de lo que su tamaño podría dejar intuir.

Alfonso frunció el ceño.

—Sí, lo es. Y sí, lo ha hecho muy bien, claro que sí.

—Bien, deberíamos volver —dijo Chacón—. Casi ha caído la noche. Vamos, iremos por el camino principal. Y nada de salir al galope esta vez, ¿está claro?

De vuelta en nuestros caballos, Beatriz y yo fuimos detrás de mi hermano bajo el crepúsculo del día. Me fijé en que Beatriz optó por no generar ningún problema e ir cabalgando recatadamente a mi lado. Pero al acercarnos a Arévalo bajo las vetas de color coral que teñían el cielo no pude evitar recordar nuestra conversación y preguntarme, por mucho que intentara no hacerlo, cómo sería eso de ser un hombre.